

DAD AU  
CIÓN GE

Handwritten text on the book cover, including a signature and the name "ALAN".

PQ2318

L4

v. 1

c. 1

042

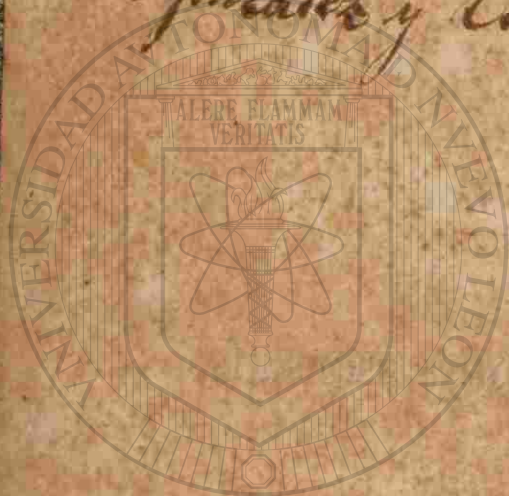


1080043427

FRS

94

Propiedad de  
Gonzales y Comp.<sup>a</sup>



E # 6 6 # 140

Propiedad  
de  
Gonzales y C.<sup>a</sup>

LA LECHERA

DE

**MONTFERMEIL.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

12 de 18  
Gonzales y C.<sup>a</sup>  
Trinidad



VERSAILLES. — IMPRISTA DE MARLIS.

863

LA LECHERA

DE

**MONTFERMEIL,**

POR

C. Pablo de Kock,

TRADUCIDO AL CASTELLANO

por

DON F. JAVIER MAEZTU.

TOMO PRIMERO.

Paris,

LIBRERIA DE ROSA.

1836.

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

55042

33035

PQ2318

L4



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

## LA LECHERA

DE

## MONTFERMEIL.

### CAPITULO PRIMERO.

#### CONVERSACION EN EL CABRIOLÉ.

—Porque, vni misito convendrá, mi teniente, en que esto no puede marchar así siempre. El gran Turena no dirijia cuatro batallas á un tiempo ni se hallaba en seis negocios en el mismo dia...

—No, mi querido Bertrand, pero Cesar dictaba cuatro cartas á la vez en diferentes lenguas, y Pico de la Miran-

dola se lisonjeaba de conocer y poder discutir. *De omni re scibili...*

—Perdone vm. mi teniente, pero yo no entiendo el latin.

—Es decir, que pretendia conocer todas las lenguas, saber á fondo todas las ciencias, refutar todas las sectas, y conciliar á todos los teólogos.

—Como no creo, mi teniente, que tenga vm. tanto amor propio, no lo compararé con ese señor de la Mirandola, que pretendia saberlo todo; en cuanto á Cesar, he oido hablar de él como de un hombre grande; pero estoy seguro que no tenia tantas queridas como vm.

—Te equivocas, Bertrand, los hombres grandes de la antigüedad tenian numerosas esclavas y concubinas, y repudiaban con frecuencia á sus muje-

res para casarse con otras. El Amor y el Deleite tenian templos en Grecia; y aquellos orgullosos Romanos que nos pintan tan severos, no se avergonzaban de entregarse á los mas locos excesos, de coronarse de mirtos y rosas, y de tomar á veces en sus banquetes el traje de nuestros primeros padres.

—Por Dios, mi teniente, dejemos á los Griegos y Romanos con los que jamas me he tiroteado, y volvamos á nuestros carneros.

—Quiero probarte, mi buen Bertrand, que muy lejos de exceder en locuras á las generaciones que nos han precedido; somos mucho mas cuerdos que ellas...

—Por eso sin duda tiene vm. cuatro queridas...

— Me gustan las mujeres, lo confieso, y aun diré que me glorio de ello, porque esta inclinacion está en la naturaleza. No puedo ver un rostro agradable ni unos buenos ojos, sin experimentar una dulce conmocion, un movimiento, un no sé qué, en fin, que prueba mi extrema sensibilidad. ¿Es acaso un crimen el ser sensible en un siglo en que se ha llevado tan lejos el egoismo; en que el interés es el movíl de casi todas las acciones de los hombres; en que vemos varios autores preferir el dinero á la gloria; hombres colocados en destinos ocuparse del cuidado de conservarlos, en lugar de pensar en el bien que podrian hacer; artistas que mendigan los sufragios de gentes á quienes desprecian, y alargan la mano aun á los necios cuando

están en favor; hombres de letras que cierran con esmero el camino á sus compañeros cuando descubren en ellos un talento que puede hacer sombra al suyo; en que por todas partes en fin se cierra la puerta al mérito oscuro y se abre ante la impudencia y la fatuidad con tal que las acompañen las riquezas. ¿Sucederia esto si no se hubiese introducido el egoismo en todas las clases y no reemplazase el amor del dinero al del prójimo? ; y tú me haces un crimen de mi sensibilidad! Me echas en cara el no poder oír, sin enternecerme, el relato de una bella accion ó de un lastimero infortunio; que doy mi dinero á gentes que me engañan; que me dejo llevar como un necio del discurso de un niño que me diga que mendiga para su ma-



dre, ó de un obrero que me asegure que no tiene trabajo ni pan. ¡Pues bien! engañenme todavía con frecuencia, te lo repito, mi querido Bertrand, prefiero mi sensibilidad á su frio egoismo, y hallo en mi alma goces que jamas disfrutarán los corazones indiferentes.

Ocurria esta conversacion en un lindo cabriolé tirado por un caballo vivaracho, y que rodaba por el hermoso camino de Rainci á Montfermeil: habia un joven lacayo de doce á catorce años detras del carruaje en que Bertrand estaba sentado junto á un joven vestido con elegancia, que, sin dejarle de responder zurriagaba de cuando en cuando el fogoso caballo que dirijia.

Se habia vuelto un poco Bertrand al fin del discurso de su amo; y para ocul-

tar la emocion que comenzaba á apoderarse de él, se habia sonado y habia tomado un gran polvo; repuesto un poco entonces, habia pronunciado con una voz en que se percibia el enternecimiento.

— ¡No permita Dios, mite niente, que yo haga á vm. un crimen de su sensibilidad; conozco su buen corazon; sé cuan obsequioso y servicial es!... y podria citar mil rasgos suyos de que se hubieran alabado muchas gentes cuando vm. los ha ocultado con cuidado.

— Los que se alaban del bien que hacen, se parecen á aquellas gentes que nos ofrecen alguna cosa en términos de que no la aceptemos; porque los unos y los otros dan de mala gana.

— Sin ir muy lejos, mi teniente, ¿no me ha colmado vm. á mí mismo de be-

neficios, no me ha recibido, alojado, y alimentado?

—Eres un imbecil, Bertrand, ¿no me sirves de mayordomo, de hombre de negocios, de confidente, no eres mis pies y mis manos y sobre todo mi amigo, lo que es mejor que todo lo demas y que no hay con que pagarlo?

Aquí se volvió enteramente Bertrand, y se sonó de nuevo, porque se le cayó de sus ojos una gruesa lágrima. Tomó dos polvos, y despues de haber apretado con efusion la mano que su amo le alargaba, pronunció con voz enternecida: —sí señor, ¡es vm. el mejor de los hombres, tiene mil bellas calidades! ¡y no faltaba mas sino que alguno viniese á decirme lo contrario!... ¡voto á! ¡mi sable no está tomado de orin!

—Vamos, tú vas á hacer ahora mi elogio; piensa pues en que has comenzado esta conversacion para regañarme.

—¡Para regañar á vm.! no, mi teniente, sino para hacerle observar, que seria mas razonable amar á una sola mujer á la vez; sin perjuicio de cambiar cuando viese otra que le gustase mas.

—Escucha, Bertrand, voy á hacerte una comparacion que comprenderás al momento.

—No me hable vm. de Griegos y Romanos, mi teniente.

—Nada de eso. ¿Te gusta el vino, Bertrand?

—Es cierto, mi teniente, confieso que una botella vieja... ¡de buen terru-

ño! ; no hay nada que se le parezca para alegrarse uno!

— Te gusta el de Beaune.

— Mucho, mi teniente.

— ¿Y el de Burdeos?

— ¡Ah! ; ese huele á violeta ; es una fragancia deliciosa!

— ¿Y el de Volnais?

— ¡No he sabido resistirlo jamas!..

— ¿Y el de Chambertin?

— Me pondria de rodillas delante de él, mi teniente.

— ¿Si tuvieses delante una botella de cada uno de esos vinos, abandonarías las tres para no beber mas que de una?

— Yo respondo á vm., mi teniente, de que pasarían todas cuatro, y no me hallaría peor por eso.

— Pues ¿por qué pretendes que cuan-

do yo me encuentro entre cuatro palmitos, cada uno de los cuales tiene algo de seductor, abandone tres para hacer la corte á uno solo?

— ¡Voto á brios que es cierto, mi teniente, es imposible! es necesario que las beba... quiero decir á vm. que las ame á las cuatro, y ahora veo que no tenia yo razon.

Así terminaban casi siempre las discusiones entre Bertrand y Augusto Dalville. Tenia Augusto veinte y siete años y veinte y siete mil pesetas de renta ; habia muerto su padre cuando él estaba todavía en la cuna, y habia perdido á su madre hacia seis años, desde cuya época databan las locuras de Augusto, que habia querido distraerse de un dolor muy natural, y luego habia acaba-

do por no poder resistir á un sexo junto al cual no buscaba al principio mas que distracciones.

Sin embargo, el deseo de llevar un bonito uniforme y ganar tal vez las charreteras, habia decidido á Augusto á entrar en el servicio militar. Era tiempo de paz; pero un joven que tiene instruccion y educacion no permanece simple soldado. Augusto, á quien habian hecho subteniente, se complacia en escuchar á Bertrand que habia servido de cabo de escuadra de cazadores, y se habia hallado en Austerlitz, Eylau y Friedland.

Bertrand no tenia mas que cuarenta y cuatro años; contaba sus combates con el mismo fuego y ardor que habia tenido en la accion, y Augusto no se cansaba nunca de oirlo. Los discursos del cabo

inflamaban su valor; sentia no haber nacido algunos años antes, imaginando que se hubiera podido encontrar, como Bertrand en aquellas hermosas campañas que harán siempre la gloria de la Francia.

Hácia esta época, fué destinado Augusto con su rejimiento delante de Pamplona, que sitiaban los Franceses, y Bertrand se halló bajo las órdenes del joven oficial á quien hicieron teniente. Pero habiéndose concluido la guerra, dejó Augusto el servicio militar y volvió á Paris para entregarse de nuevo á su gusto por los placeres. Propuso á Bertrand el que lo siguiese, este obtuvo fácilmente su licencia y siguió á Dalville á quien se habia adherido sinceramente, y conti-

nuó, por costumbre tanto como por gusto llamándolo su teniente.

Tenia Bertrand en Paris á su madre muy anciana y muy debil. El primer cuidado de Augusto fué asegurar á esta pobre mujer una pension que la pusiese á cubierto de la necesidad, y le permitiese procurarse en su vejez mil gustos que no habia podido disfrutar jamas en el trascurso de una vida laboriosa y desgraciada.

Desde entonces no fué ya Augusto un amo para Bertrand, sino un bienhechor, la amistad y afecto de este no conocieron ya límites; y despues de la muerte de su madre que acaeció tres años mas tarde, se adhirió Bertrand enteramente á Dalville, tomó la firme resolucion de consagrar su vida á probarle su re-

conocimiento. No habia recibido Bertrand ninguna educacion, y con frecuencia cometia torpezas en los recados que su amo le encargaba; pero Augusto se las perdonaba, porque conocia el buen corazon y adhesion del antiguo cabo; este, como acabamos de decir, se permitia algunas veces hacer á su amo algunas observaciones, porque aunque no conocia el tren de vida del gran mundo, le espantaban las locuras de Augusto y temia á cada instante que sus intrigas le ocasionasen serios acontecimientos; pero Augusto conseguia siempre calmar las inquietudes de Bertrand, que acababa su conversacion diciendo:—Yo soy el que no tiene razon.

Aun tendria yo muchas cosas que decir acerca de los dos personajes que aca-

ban de hablar juntos. Deberia hacer el retrato y pintar exactamente la figura de Augusto Dalville. ¿Pero á qué propósito? Sin duda hablará de él una de sus numerosas conquistas. Me expondría pues á repeticiones inútiles haciéndoos de antemano su retrato. Podemos solamente presumir que se presentaba bien, puesto que tenia la dicha de agrandar á las damas. Esa no es suficiente razon, se podrá decir, y cuando uno tiene veinte mil pesetas de renta, posee todas las gracias, y toda fealdad desaparece. ¡Ah! ¡mis queridos lectores! qué idea ciertamente no será ninguna de mis lectoras la que me responda eso, y tengo demasiada buena opinion de ellas para creer que solo se necesitan veinte mil libras de renta para captivarlas.

Pero el cabriolé vuela, otra vez haremos nuestras reflexiones.

— ¿Bebela va muy bien... vm. tiene calor, mi teniente quiere vm. que tome las riendas?

— No, me divierte el llevarlas.

— A las once estaremos en la casa de campo del señor Destival.

— Demasiado pronto es, y no se come hasta las cinco..... Pero lo habia prometido hace mucho tiempo. Por otra parte madama Destival es bastante buena música, trataremos de hacer algo mientras llegue la hora de comer.

— Y yo, mi teniente, ¿á qué fin me lleva vm.?... ¿Yo no he de tocar la música, y como mi sitio no es en el salon, en donde estaré de faccion?

— No tengas cuidado: el señor Desti-

val me habia recomendado expresamente que te llevase. Acaba de tomar grande aficion á la caza, y desea que le enseñes el manejo de las armas.

— Muy bien, mi teniente, yo le enseñaré cuanto sé, aunque no será mucho.

— ¡Ah, pobre Virginia!... Qué furiosa se pondrá esta noche... Yo le habia prometido llevarla al teatro...

— Ella le ha prometido á vm. con frecuencia otras muchas cosas y ha faltado á su palabra...

— ¡Cómo sabes tú eso, Bertrand?

— Yo lo he oido decir á vm., mi teniente, que la señorita Virginia, era en extremo embustera.

— Es cierto, sí... mas de una vez me ha dado pruebas de ello.

— ¡Eso es muy malo despues de todo lo que vm. ha hecho por ella!... ¡Pero vm. tan bueno, se deja siempre enternecer! ¡Ah! ¡con mil diablos! si la señorita se hubiera muerto siempre que ha dicho que queria matarse porque no tenia con que pagar el alquiler de su casa....

— Vamos callando, señor Bertrand; tiene vm. mala lengua... Vaya pues; Bebelá... Creo que te duermes.

— ¡Y una noche que vm. habia salido, y me contó ella sus disgustos!... Me dijo que si ha tenido una debilidad con vm., era porque es muy propensa al amor, pero que decididamente quiere cambiar de conducta, no volver á ver á vm., y reconciliarse con su tia. Yo creia todo eso buenamente; tenia un aire tan compunjido, que me sentia pronto á llo-

rar!... Y he aquí que cuando sabe que vm. está en un baile de máscaras, exclama;—yo quiero ir tambien; Bertrand, préstame tus vestidos voy á vestirme de hombre.

— Cómo, señorita, le dije, cuando habla vm. de hacerse cuerda y de no volver á ver al señor Augusto... Entonces se echa á reir como una loquilla llamándome pobre tonto. A fe mia, mi teniente, maldito si comprendo á semejante mujer.

— Bien lo creo, mi buen Bertrand, yo mismo no la comprendo, aunque la conozco mas que tú.

— Mas me gusta aquella pequeñita rubia... vm. sabe, mi teniente, aquella con quien hizo conocimiento enviándome á llevarle el doguito que habia per-

dido, y que yo hallé por la noche echado junto á nuestra puerta...

— Quieres hablar de Leonia.

— No, quiero decir madama Saint-Emond.

— Leonia Saint-Emond....., es lo mismo.

— No lo sabia, mi teniente.

— ¡ Ah! por ejemplo, Bertrand, tú eres la causa de que yo haya hecho ese conocimiento.

— Mas bien es el doguito, mi teniente.

— Leonia vivia en la misma casa que yo, y no la conocia.

— Por ventura, mi teniente, ¿ se conocen los vecinos en Paris? excepto los porteros y cocineras que saben eso por su estado.



— En fin tú hallaste el doguito, yo te encargué preguntases al portero si alguno de la casa lo reclamaba...

— Me dijeron que habia una señora joven en el tercer piso que no habia dormido en toda la noche de sentimiento por haber perdido su perro, y que su aya despues de haber recorrido desde la cueva al granero, habia ido á mandar hacer carteles prometiendo treinta pesetas de recompensa al que volviese el animalito. Yo confieso que no pensaba que el doguito que no hacia mas que morder y gruñir valia cuatro meses de paga de un soldado : pero yo me apresuré á subir al tercer piso y hacer que diesen contra orden acerca de los carteles, volviendo á su ama el animalito, que, inmediatamente de haber entrado

en la habitacion comenzó á rascar una hermosa poltrona de raso liso azul, y á poner las patas en la jicara de chocolate de la señora, ¡ que no por eso dejó de llamarle joya, y de darme á mí las mas expresivas gracias ! En todo esto, mi teniente, no veo nada que obligase á vm. á enamorarse de madama Leonia Saint-Emond.

— Tú no lo dices todo, Bertrand ; olvidas que al bajar del tercer piso me hiciste un retrato muy atractivo de esa dama... me dijiste que tenia unos ojos... y luego una voz... y un cierto talle....

— Vaya, mi teniente, me parece que todas las mujeres tienen ojos, talle y voz.

— Si, sin duda, mas en fin yo tuve curiosidad de conocer á esta joven vecina

que manifestaba tanta sensibilidad.

— Y se diría, mi teniente, que vm. ha desbancado al doguito, porque desde ese tiempo madama Saint-Emond no cesa de seguir á vm. los pasos; y á mí me preguntan, me quieren hacer hablar... me obligan á subir mientras la señora desayuna, y, luego ofreciéndome una copa de Malaga y un vizcocho, me preguntan en donde ha pasado vm. la noche anterior...

— ¿Y el señor Bertrand, enternecido con el Malaga, cuenta mis acciones á mi vecina?...

— ¡Ah! ¡como qué! mi teniente, ¿por quién me reputa vm.?... Yo iré á descubrir los secretos de mi amo.....; aunque me pusiesen delante seis botellas de Malaga, no diría una palabra!...

es cierto que no me gusta el Malaga....

— ¡Eh! Dios mio, mi buen Bertrand, ¡yo no te regaño!... Tú sabes muy bien que yo no hago misterio de mis desvarios... ni aun á las que tendrían motivo de quejarse de ellos... Todo se reduce á amoríos y muchachadas...

— No importa, mi teniente, yo me hallo ciertamente muy embarazado. Preguntándome sin cesar está y aquella... La una me llama su Bertrancito, la otra su verdadero amigo... y todas esas señoras son muy graciosas.

— ¡Ah! parece que el señor cabo de escuadra ha reparado en ello...

— Pardiez, mi teniente, tiene unos ojos como cualquiera otro, y aunque mi corazón no sea tan fácil de inflamarse como el de vm., no por eso es invulne-

rable; y cuando veo á una de esas señoras llevar el pañuelo á los ojos..... Cuando oigo á la vecina echarse sobre un sillón diciendo que va á desmayarse, ¡enfin cuando la señorita Virginia exclama que se quiere matar! ya no sé donde me estoy... Corro de una á otra, les ofrezco vinagre y aguardiente, me desconsuelo, y aun alguna vez las acompaño en sus lágrimas... Le aseguro á vm. bajo palabra de honor que preferiria hallarme seis veces en un asalto, á presenciarse semejantes escenas.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah!..... ¡qué buen

Bertrand!

— Eso es, vm. se rie, no le da un pito que le llamen *traidor, pérfido, bárbaro, monstruo y cruel.*

— Esos son requiebros en boca de

una joven; esas palabras significan: te amo, te adoro, ¡eres mi embeleso!

— ¡Ah! monstruo quiere decir, ¡eres mi embeleso!... eso es otra cosa, mi teniente, yo no podia adivinar eso... ahora ya estoy al corriente. ¡Pero esas lágrimas que hace vm. derramar, ¡significan tambien que lo hallan á vm. lindo?

— ¡Eh! ¡mi antiguo amigo!... en materia de amoríos, ¿crees tú que las lágrimas son siempre sinceras?

— Entre tantas, mi teniente, bien pueden caer algunas de veras, y me parece que debe uno echarse en cara la pena que causa á un lindo palmito.

— Te prometo enmendarme, Bertrand, y ser mas cuerdo en lo sucesivo..... Pero, ¿piensas tú que quiero

causar ninguna pena á este sexo encantador, cuando lo adoro, y pongo toda mi felicidad en complacerlo?

— No, mi teniente, sé muy bien por el contrario; que vm. querria dar gusto á todas las jóvenes bellezas que encontrase... pero en vez de gustos les causa vm. disgustos y cuidados... y vm. mismo..... porque como se lo decia á vm. hace un instante: El gran Turana...

No escuchaba ya á Bertrand Augusto que habia sacado la cabeza fuera del cabriolé é iba mirando á una joven aldeana que acababa de salir del bosque y seguia el mismo camino que nuestros viajeros, llevando por delante un jumento cargado de canastas en que habia muchas vasijas de hoja de lata, que

sirven para llevar la leche que suministran los aldeanos á los habitantes de Paris.

Como el jumento no caminaba tan ligero como Bebela, Augusto iba deteniendo á su caballo, y le hacia andar al paso, á fin de ver por mas tiempo á la joven.

— ¿Quiere vm. que dé un latigazo á Bebela? dijo Bertrand, admirado de que no marchaba mas que al paso.

— No, no, así va bien.

— Sí, mi teniente, hará vm. muy bien en volverse juicioso.... quiero decir juicioso para vm.; de otro modo no bastaria su fortuna para todos sus gastos; vm. me ha nombrado su mayordomo, puedo de consiguiente permitirme el contar con vm., y, sin ser un gran

calculista, veo en claro que cuando se saca continuamente de una caja, queda luego vacía. Este año no es vm. muy feliz en ese maldito juego á que juega vm. con tanta frecuencia, ya sabe vm., mi teniente, aquel en que se vuelven los reyes...

— Frescura... un bonito talle... ojos hechiceros... ¡es ciertamente extraordinaria!...

— Y luego los schales que envia vm. á la una... la cuenta de la modista que paga vm. por la otra.

— ¡Y todo eso en una lechera!...

— Cómo, una lechera... ¡Paga vm. tambien su cuenta, mi teniente?...

— ¡Quién diablo te habla de cuenta!

Mira esa hermosa joven que sigue el mismo camino que nosotros...

— ¡Bien! es una lechera, ¡á eso se reduce!

— No ves qué linda es.... y su sonrisa maligna siempre que sus ojos se dirijen hácia nosotros...

— ¿Sin duda quiere vendernos quesos de crema?...

— ¡Badulaque! ¡cómo, no ves otra cosa que quesos!.. Vaya ese justillo de buriel, esa doble pañoleta de lienzo, cerrada hasta el cuello, ocultan muchos tesoros...

— ¡Tesoros!... ¡tesoros!... Pardiez, facil es adivinar poco mas ó menos lo que eso puede ocultar, aunque engaña con frecuencia; pero enfin semejantes tesoros no son raros; ¡sin duda que por los de esa lecherilla vamos ahora como un carruaje de harineros?

— No, no... sino que comienzo á cansarme de estar en el cabriolé... hace hermoso tiempo... conozco que me hará provecho el caminar á pie. No estamos mas que un cuarto de legua de casa del señor Destival; toma, Bertrand, coje las riendas, yo iré á pie lo restante del camino.

— Cómo, mi teniente, ¿vm. quiere?...

Habia ya parado Augusto el cabriolé, saltó con lijereza al camino, á pesar de los murmullos de Bertrand, y le dijo :

— vete siempre con Toni...

— Pero, ¿qué diré en casa del señor Destival?...

— Que te sigo... llegaré allí tan pronto como tú.

— Pero...

— Bertrand, yo lo quiero.

No replicó mas Bertrand; pero echó una mirada de disgusto á la lecherita, y dió un latigazo á Bebelá, que muy pronto trasportó el cabriolé lejos de Augusto.



(JAT)

## CAPITULO II.

### LA VOLTERETA.

Proseguia la mocita su camino, llevando en la mano una rama de avellano y arreando su borriquillo, disimulando notar que el joven acababa de bajar de su cabriolé; no volvía ella la cabeza atrás, contentándose con decir de cuando en cuando: — ¡Arre Pigardo! y no por eso Pigardo andaba mas lijero.

Muy pronto se reunió Augusto con la lechera y caminó algunos pasos detras de ella para examinarla : es bien formada segun se puede conjeturar bajo los dobles paños en que va envuelta , su pie debe ser pequeño, aunque encerrado en gruesos zapatos, y sus medias de lana cubren una pierna bien torneada que se puede ver cómodamente porque una lechera lleva los zagalejos muy cortos.

Augusto se adelanta, la joven lo mira, y parece admirada de ver al joven del cabriolé marchar á su lado. Sin embargo vuelve la cabeza y se contenta con pronunciar un ¡arre!... que no tiene nada de romántico.

Nuestro petimetre mira con atencion á la joven , que lleva una gorra en la parte superior de la cabeza, la que no le

oculta ninguna de sus facciones ; y Augusto se dice es linda : — buenos ojos, bonita boca, color de rosa, pero al fin nada tiene de extraordinario, la frescura de una aldeana, una hermosura rústica ; hubiera hecho yo muy bien en permanecer en mi cabriolé. Sin embargo, ya que he bajado, tratemos de que sirva de algo.

Y continuaba el joven considerando á la lechera ; se sonreia al mirarla, cuando esta á quien incomodaba el examen del señorito , le dijo con un tono brusco.

— ¡Ha acabado vm. ya de mirarme?

— Pues qué, ¿no es permitido el admirar á vm.?

— No me gusta que me miren así.

— Si no fuese vm. tan bonita no la miraría tanto.



— ¡ Si habla vm. así á las mujeres de Paris, muchos semblantes debe vm. tener en la cabeza!... Se reconoce á las gentes cuando se les mira tan de cerca; pero entre nosotras no hallamos eso muy político... ¡ y no habia necesidad de venir á hacer aquí el lindo de esa manera!...

— Mal he hecho en bajar de mi cabriolé, dijo para sí Augusto; continuó sin embargo marchando junto á la joven, y le dijo al cabo de un momento :

— ¿ Es vm. lechera?

— ¡ Pardiez ! eso es facil de conocer...

¿ Acaba vm. de adivinarlo?

— ¿ Quiere vm. venderme leche?

— Ya no tengo.

— Sin duda la lleva vm. á Paris...

— Yo no voy tan lejos.

— ¿ De dónde viene vm. pues?

— Es vm. muy curioso.

El tono de la joven no era para animar, y Augusto miró á lo lejos si divisaba su cabriolé; pero el lijero carruaje habia desaparecido, porque Pigardo se detenia con frecuencia á comer hojas ó yerba á pesar de los golpes que su ama le daba con la rama de avellano.

— ¡ Sabe vm., mi hermosa joven, le dijo Augusto, que no es vm. muy amable ! al verla tan linda, la hubiera creido yo mas dulce... menos arisca.

— Eso es, ¡ el señorito pensaba trastornarme la cabeza con sus cumplimientos!... pero ya estamos acostumbradas á encontrar jóvenes de Paris... ¡ Siempre la misma cancion ! ¡ ellos creen hacerse mucho lugar con decirme que soy boni-

ta!... ¡ Ah! ¡ son vms. unos zalameros! pero yo no les hago caso, ¡ Vaya vm. con Dios!

— ¡ Qué digan ahora que la virtud no habita en los pueblos! dijo para sí Augusto. ¡ Ah! veo claramente que en los campos es donde se encuentran las costumbres puras de los antiguos patriarcas, esas doncellas celebradas por los poetas, esas.... Ese diablo de Bertrand tenía necesidad de llevar tan lijero á Bebelá... lo habrá hecho de propósito... y cuando decia yo que habíamos llegado, mentia... ¡ faltan todavía lo menos tres cuartos de legua!...

Para acabar de desconsolar al joven, dejó la lechera el camino real y tomó uno de travesía por el bosque: estuvo Augusto indeciso un momento en la en-

trada de la senda... ¿ tomará el camino que ha llevado su cabriolé ó seguirá á la joven?... El primer partido es el mas razonable, y eso es bastante sin duda para que se decida en favor del segundo.

En el tiempo que habia pasado Augusto en decidirse en la entrada de la senda, se habia alejado la lechera, quien proseguia caminando por la senda, y, persuadida de que el joven habia seguido el camino real, se entretenia en cantar, llevando por delante á Pí-gardo.

Ya que dices que me amas

Procurámelo probar;

Pero eres un buen señor

Que me quieres engaitar.

— ¡ Muy bonito!.... aunque la rima

no sea muy rica, dijo Augusto, doblando el paso para alcanzar á la moza, quien volvió la cabeza, y se sorprendió de ver al joven en la misma senda que ella habia tomado.

— ¡Cómo! ¿por aquí viene vm.?  
dijo la lechera con un tono de voz mal asegurada.

— Sin duda.... este camino es delicioso.

— ¿Pues, cómo no va vm. á buscar su cabriolé?

— No puedo resolverme á dejar á vm....

— ¡Ah! vm. pierde su tiempo, señor, yo le aseguro que hará mejor en correr hácia su carruaje...

— Yo quiero mucho mas caminar junto á vm... aunque me trate con ri-

gor; pero tengo la idea que no será vm. tan mala como quiere aparentar.

— Pues bien, vm. se equivoca; no soy buena de ninguna manera, pregúnteselo vm. á todos los jóvenes de Montfermeil como los recibo cuando tienen gana de chancearse... ¡Ah! Dionisia Fourci es bien conocida en el pais.

— Dionisia Fourci... bueno, ya sé su nombre de vm.

— ¿Y qué con eso? ¿qué adelanta vm. con esa noticia?

— El poder saber con facilidad noticias de vm., y volverla á encontrar cuando yo quiera.

— Pardiez, que no ando perdida, y se me encuentra fácilmente.

— ¡Pero qué! Dionisia, ¿en su edad

de vm. y siendo tan bonita no tiene vm. un amante?

— ¿Y qué le importa á vm. eso?

— ¡Oh! ¡mucho!

— En los pueblos no nos apresuramos tanto como las señoritas de la ciudad.

— ¿No se tiene corazon en el pueblo como en cualquiera otra parte?...?

— Sí, pero no ceba el fuego en él tan pronto como en el de vm. que se me figura que tiene un corazoncito de yesca.

— ¡Ella es en verdad buena pieza! dijo Augusto riéndose.

— ¡Ella! dijo la joven lechera con aire de enfado; ¡qué políticos son estos señores!... ¡Ella!... no parece sino que hace mucho tiempo que nos conocemos...

— En vm. consiste que en un momento seamos los mejores amigos del mundo... y para comenzar es necesario que le dé á vm. un abrazo...

— No... no, señor... nada de semejantes cumplimientos... si á vm. le acomoda... ¡Oh! ¡ándese vm. con tiento, porque le voy á arañar!...

Augusto que estaba acostumbrado á arrostrar por semejantes repulsas cojió á la lecherita por mitad del cuerpo, y procuró arrimar sus labios á las frescas y encarnadas mejillas de la joven aldeana; pero esta se defendió de diferente modo que las damas de la ciudad; es cierto que una aldeana está menos atada en sus vestidos, que no teme que se los ajen, y que la escotadura de su justillo no le impide el menear los brazos; esta

es sin duda la causa porque es mas difícil de obtener de ellas un beso.

Se dió por fin el beso; pero costó caro á Augusto, que llevó sobre el ojo izquierdo la señal de dos uñas. que hicieron en lo vivo el rostro del hermoso señorito de Paris. Ambos combatientes quedaron vencidos, porque ambos llevaron las pruebas de su derrota... La guerra sin embargo parecia quedar aun declarada. Dionisia dos veces mas encarnada que antes del combate, arregló su pañoleta, dirijiendo al joven miradas airadas; este llevó las manos á su rostro, y al advertir que tenia sangre, la enjugó con su pañuelo, mirando á la joven lechera con menos ternura, porque las dos uñadas habian amortiguado singularmente su ardor.

— Bien hecho, dijo por fin la muchacha; eso le enseñará á vm., señor, á querer abrazar á las jóvenes á pesar suyo.

— Es cierto que yo no esperaba ser tratado de este modo... Por un beso.... ¡desfigurarme!...

— Si hiciesen lo mismo todas las mujeres, no seria vm. tan atrevido.

— Gracias á Dios que no todas piensan como vm.... me ha hecho vm. un mal horroroso.

— ¡Oh! lo que mas lo desazona á vm. es que eso será visible, tiene vm. miedo de estar menos hermoso.

— No, aseguro á vm. que no es eso lo que me ocupa... Estoy enfadado de haber excitado verdaderamente su cólera

de vm... Conozco que me he excedido...  
Vaya, Dionisia, hagamos las paces.

—No, señor; no, no lo escucho á  
vm. mas.

Y la lechera, creyendo que el joven  
queria volverla á abrazar, corrió á su  
jumento, con el fin de alejarse mas  
presto, saltó á la grupa de Pigardo y le  
menudeó los latigazos. Pero el jumento  
tenia por costumbre el ir pacíficamente  
al pueblo ramoneando lo que encontra-  
ba al paso, y sin llevar jamas á su ama  
sobre sus costillas. Turbado en su viaje  
diario por aquella carga inesperada, to-  
mó Pigardo un trote acelerado, y entró  
en el bosque á pesar de los esfuerzos de  
su ama, que quiere hacerle seguir el ca-  
mino trillado. Oyó Augusto los gritos  
de la joven que queria en vano detener

al animal, y le costaba mucho trabajo  
apartar las ramas que iban á cada ins-  
tante á lastimarle el rostro. Olvidando  
las señales que Dionisia habia impreso  
en su mejilla, corrió Dalville siguiendo  
las huellas de la lechera, á fin de con-  
ducir al jumento por el buen camino;  
pero al oír correr detras de él, redobló  
el maldito animal su celeridad, y se  
abalanzó á la aventura por los sitios  
mas enmarañados del bosque... Al pun-  
to una fuerte rama interceptó el paso á  
la lechera mientras que su cabalgadura  
desfilaba por debajo, dió ella una volte-  
reta al suelo, y al caer, retuvo otra ra-  
ma su saya, con cuyo motivo la pobre  
Dionisia cayó boca á bajo, teniendo su  
zagalejo por encima de la cabeza, y no

estando ya por consiguiente... en donde debe estar ordinariamente.

Llegó Augusto en este momento.... Facil es de adivinar lo que le sorprendió su vista... y lo que el zagalejo no cubria era blanco, fresco, y bien redondo... pero es necesario hacer justicia al joven, en lugar de divertirse considerando tan lindas cosas, fué corriendo á Dionisia que gritaba, lloraba y se desesperaba. Consiguió desembarazarle la cabeza de entre las sayas, luego cubrió muy lijero... lo que ya se sabe...

Se levantó Dionisia; pero estaba enteramente avergonzada, no se atrevia á dirigir la vista hácia el joven que lejos de aprovecharse de aquella turbacion,

se informó con conato si acaso estaba herida.

— ¡Oh! no... no es nada, dijo Dionisia ruborizándose aun... No me acordaria mas de ello, si... esta maldita rama... ¡Por cierto, que soy muy desgraciada!

— ¡Qué! ¿porque se haya vm. caido? pero, hija mia, eso puede suceder á todo el mundo.

— Sí, pero se puede caer sin enseñar... sin hacer ver... No importa, vm. es el primero que lo ha visto, en toda la vida.

— ¡Ah! yo me alegrara de ser tambien el último... Vamos, ¿por qué ese aire enfurñado?... Pues bien yo aseguro á vm. que no he visto nada; no he pensado mas que en socorrerla...

¡Tenia miedo que se hubiese lastimado!... Yo hubiera sido la causa, porque sin mis atolondramientos hubiera vm. continuado tranquilamente su camino, y no hubiera pasado nada de todo esto.

Dionisia escuchaba á Augusto, se habia pasado su cólera y aun se sonrió diciéndole: — ya no le quiero á vm. mal, es vm. mas honesto de lo que yo creia; si hubiera caido así delante de los mozos del pueblo, hubieran comenzado á reirse, y luego me hubieran dicho mil necedades... y no hubiera parado en eso... en lugar de que vm. me ha levantado muy pronto, y con aire tan despavorido... Ahora siento el haber dado á vm. mis arañadas... Pues bien, abráceme vm. para probarme que me perdona.

Se aprovechó Augusto de este permiso. ¡Estaba Dionisia tan linda cuando se sonreia! y una mujer que se defiende con tanto vigor añade un gran precio á los favores que concede.

Quedó pues restablecida la paz entre la lechera y el joven. Pero ya no estaba allí Pigardo; gozoso de haberse desembarazado de su carga habia continuado trotando por entre el bosque. — ¡Oh! no tengo cuidado, dijo Dionisia, estoy segura de que ha ido á mi casa; tomemos este sendero, y estaremos muy pronto en el pueblo.

Se pusieron en camino, marchando la joven junto á Augusto que comenzaba otra vez á hallarla hechicera despues que le sonrió y que le hubo permitido abrazarla. En efecto no era ya la misma



la fisonomía de Dionisia; un mal talante no pega bien á un rostro bonito, y lo que está destinado para inspirar amor no debería tomar jamas el aspecto de la cólera.

Muy pronto salieron del sendero y bajaron una colina que conducia á Montfermeil.—Este es mi lugar, dijo Dionisia, y mire vm., mire vm. mi jumento que va trotando por allí... ¡Oh! yo bien sabia que iria á mi casa... ¿Tiene vm. por ventura algun quehacer en este pueblo?

—No lo tengo; voy á la casa de campo del señor Destival: ¿la conoce vm.?

—Ciertamente; yo llevo la leche á su casa, cuando la señora está allí por el estío; siempre me recomienda sus quesitos... ¡Ah! yo los hago muy bue-

nos... Esta mañana les he llevado uno mas grande porque la doncella Julia, la aya de la señora, me ha dicho que esperaban gente de Paris.

— En tal caso, es probable que tenga yo el placer de comer de sus quesos de vm.

— Pero si vm. va á casa del señor Destival, no hay necesidad de tomar el camino del pueblo. Voy á enseñar á vm. el que debe seguir.

— Vm. seria mucho mas amable si vm. misma me condujese, puesto que no tiene cuidado de su asno, nada hay ahora que la dé prisa.

— ¡Oh! señor, no, bien veo que es vm. honrado; pero le gusta mucho abrazar á las muchachas... Además de que mi tia me está esperando... es ya mas de

medio día, es hora de comer... Mire vm., señor, siga vm. ese camino que sube por allí... luego la primera senda á la izquierda... luego el camino verde y se hallará vm. delante del paraje á donde va.

— Yo no me podré acordar jamas de todo eso... Vm. será la causa de que me pierda.

— ¿Qué necesidad tenia vm. de haber dejado su coche?...

— Sus lindos ojos de vm. me han trastornado la cabeza.

— ¡Ah! ya va vm. á comenzar de nuevo... ¡Vaya vm. muy lijero, que sino se comerán el queso de crema antes que vm. llegué!

— Lo sentiria mucho, supuesto es vm. la que lo ha hecho.

— El camino que sube... luego á la izquierda... luego el camino verde... Adios, señor.

— Otro beso, Dionisia...

— No, no... ¡Oh! esas cosas no se deben hacer á menudo... no hallaria vm. ya placer en ello.

Y Dionisia bajó con viveza la colina, y luego tomó el camino que la llevó al pueblo. Augusto la siguió con los ojos largo rato diciendo: — es muy graciosa.. y tiene talento. ¡Qué lástima que no habite en Paris!.. Pero ¿qué es lo digo? si estuviese en Paris se pareceria á otras mil; si me han petado su figura y su talante es únicamente porque es lechera. Vamos, sigamos el camino que me ha indicado y apresurémonos á llegar... Estoy seguro que los tiene impacientes

mi tardanza; el pobre Bertrand no sabrá qué decir, ¡y madama Destival me pondrá hocico! ¡Pero hocico!... ¡Ah! Dios mio, ¡y estas arañadas! ¡qué diablos voy á decir por esto!... ¡Ah! á fe mia diré que me he despellejado cojiendo avellanas... Es una lástima que no tengan pinchos los avellanos... Sobre todo, que crean lo que quieran.

Se decidió Augusto á ponerse en camino, pero aun echó una mirada hácia el pueblo de Dionisia, y dijo, al alejarse: — yo vendré á conocer á Montfermeil.

## CAPITULO III.

## EL NIÑO Y LA OLLA.

Seguia Augusto el camino que le habia indicado Dionisia, pensando todavía en su lecherita; el hombre mas voluble conserva la memoria de la última mujer que ha acertado á gustarle, hasta que un nuevo objeto agradable, haciéndole experimentar nuevos deseos, borra

mi tardanza; el pobre Bertrand no sabrá qué decir, ¡y madama Destival me pondrá hocico! ¡Pero hocico!... ¡Ah! Dios mio, ¡y estas arañadas! ¡qué diablos voy á decir por esto!... ¡Ah! á fe mia diré que me he despellejado cojiendo avellanas... Es una lástima que no tengan pinchos los avellanos... Sobre todo, que crean lo que quieran.

Se decidió Augusto á ponerse en camino, pero aun echó una mirada hácia el pueblo de Dionisia, y dijo, al alejarse: — yo vendré á conocer á Montfermeil.

## CAPITULO III.

## EL NIÑO Y LA OLLA.

Seguia Augusto el camino que le habia indicado Dionisia, pensando todavía en su lecherita; el hombre mas voluble conserva la memoria de la última mujer que ha acertado á gustarle, hasta que un nuevo objeto agradable, haciéndole experimentar nuevos deseos, borra

de su imaginacion los atractivos en que pensaba antes.

Sacaron de repente al joven de su ilusion algunos lamentos y lloros que percibió; miró alrededor de sí y oyó á diez pasos á un niño que podria tener seis años á lo mas, vestido como los hijos de los rústicos: una chupilla, un pantalon desgarrado por mil partes, sin medias, malos zuecos y sin nada en la cabeza, defendida tan solamente por una gran cabellera rubia.

Se aproximó Augusto al niño, que lloraba á gritos mirando á sus pies con aire de pasmo los restos de una vasija de barro cuyo contenido estaba esparcido por el camino; no se volvió el niño para mirar á la persona que lo llamaba, todas sus ideas estaban concentradas en

la olla quebrada, sin poder hacer otra cosa que llorar llevando de tiempo en tiempo á su cabeza y á sus ojos sus pequeñas manos negras que, mojadas de lágrimas, embadurnaban su cara redonda.

— Pero, ¿qué tienes para llorar así, hijo mio? dijo Augusto bajándose para estar mas cerca del niño. Levantó este un momento hácia el joven los ojos de un azul claro, al rededor de los cuales habian señalado sus manos círculos negros, luego los llevó hácia los pedazos de la vasija rota, diciendo: He roto la olla..... ¡Hí, hí, hí! y estaba dentro la sopa de papá... ¡hí, hí, hí!... y me van á pegar como la otra vez... ¡hí, hí, hí!...

— Diablo, he aquí en efecto una gran

desgracia... pero serénate, niño mio, ya podremos reparar ese daño. ¿Llevabas la sopa á tu padre?...

— Sí, y he roto la olla.

— Ya lo veo... ¿pero por qué te hacen llevar una vasija tan grande?... tú eres aun muy pequeño... ¿Qué edad tienes, hijo mio?

— Seis años y medio... y he roto la olla... y la sopa para papá...

— ¡Sí, sí, está en el suelo!... ya no hay que pensar en eso.

— Eran sopa de coles.... ¡hí, hí!...

— ¡Oh! lo conozco bien... pero no llores mas. Yo te digo que no te pegarán...

— Sí... he roto la olla... y mi madre me habia dicho que tuviese mucho cuidado...

— Vamos, escúchame : ¿cómo te llamas?...

— Coco... y he roto la olla...

— Pues bien, mi Coquito, yo te voy á dar con que comprar otra olla, y mandar hacer tres veces otra tanta sopa de coles. Espero que ya no llorarás.

Al decir esto, sacó Augusto de su bolsillo un peso y lo puso en manos del niño, pero Coco miró la moneda abriendo todavía sus grandes ojos azules, y sin embargo continuó dando recios suspiros y repitiendo : — Me va á pegar papá y mi abuela tambien...

— ¡Cómo! ¿cuando tú les presentes ese dinero?...

— Papá espera la sopa para comer... y cuando no vea la olla...

— Vamos, dijo Augusto para sí, veo

que es necesario me encargue yo mismo de arreglar este negocio. Esto me retardará un poco ; ; pero este pobre niño es tan hermoso!... y serán capaces de pegarle á pesar del peso duro... He perdido una hora por decir requiebros á una lechera, bien puedo sacrificar otra por librar de golpes á este niño. — Ven, Coco, adelante, hijo mio..... llévame á tu padre; yo diré que al pasar junto á tí, he hecho caer lo que llevabas, y salgo fiador de que no te pegarán.

Miró Coco á Augusto, luego volvió á mirar los restos de la olla, de que tenía mucho sentimiento alejarse; pero Dalville lo tomó de la mano, y por fin se decidió el niño á ponerse en marcha. Mientras caminaban, trató Augusto de

hacer charlar al niño á fin de distraerlo de su miedo. ¿Qué está haciendo tu padre, hijo mio?

— Trabaja en los campos.

— ¿Y se llama?

— Papá Calleux.

— Me parece que papá Calleux no es muy dulce, puesto que le tienes tanto miedo... ¿Y tu madre?

— Se ha muerto.

— ¿De ese modo es tu abuela la que ha hecho la sopa de coles?

— Sí, y me habia dicho que tuviese mucho cuidado de no romper la olla como la otra vez.

— ¡Ah! ¿con que segun eso ya has roto otra?

— Sí, pero no tenía nada, y me pegaron.

— Se me figura que no eres feliz con las ollas. ¡Pero pegar á un niño tan pequeño!... ¡es preciso que estos rústicos tengan el corazón muy duro!... ¡Pobre niño! ¡suspira y aun no tiene siete años!... sin duda que hay trabajos para todas las edades.

Condujo el niño á Augusto por entre muchos campos, en medio de los cuales habia algunas sendas trilladas. Esto alejaba á Augusto de casa del señor Destival, pero no queria dejar al niño sin haberlo visto feliz. Llegaron por fin cerca de un campo de patatas, y Coco se paró y se apretó temblando al brazo de su compañero, diciendo: — Ve allí papá.

A unos cuarenta pasos vió Augusto á un aldeano ocupado en cavar; soltó al niño de la mano, y se adelantó hácia él

que, medio encorvado hácia la tierra, seguia trabajando. — Tío Calleux, yo vengo á reparar un pequeño accidente, dijo Augusto alzando la voz. Levantó la cabeza el aldeano y enseñó una cara llena de granos, una nariz muy gruesa, ojos saltones, una boca entreabierta, y dientes como de un asusta muchachos.

Este hombre de tan singular fisonomía manifestó su sorpresa al oír á un señor elegante llamarlo por su nombre.

Yo creo que al tío Calleux le gusta tanto el vino como las sopas de coles, dijo para sí Augusto mirando al aldeano.

— ¿Qué hay en que servir á vm. señor? dijo este.

— He encontrado á su hijo de vm., Coco, en el camino...



— ¡ Ah! ¿ en donde está pues?... debía traerme de comer. ¡ Coco!... ¿ qué haces ahí?...

— Espere vm. que yo se lo diga todo: Viniendo mirando un hermoso sitio, he tropezado con el niño, y á fe mia que he echado por tierra la olla que tenia... se ha roto, y...

— Vm. la pagará, á eso se reduce todo... porque vm. es la causa de que yo no coma.

— ¡ Oh! ¡ eso es muy justo!... y por lo mismo he venido á buscar á vm. ¿ Cuánto debo á vm.? ponga vm. mismo el precio.

— ¿ Qué quiere vm. que le diga, señor? la sopera era buena; bien valia seis reales... y lo menos habia dentro el va-

lor de dos reales y medio de sopa, porque la grasa está cara por aquí...

— Tome vm., ahí tiene vm. cinco pesetas: ¿ está vm. contento?

— ¡ Oh! ¡ sí, señor!... ¡ es justo! nada tengo que decir.

— Entonces espero que no regañará vm. á su hijo... y si vm. me cree, no debe hacer llevar tan pesada carga á un niño de esa edad.

— ¡ Oh! señor, eso los habitua á ser fuertes... Aquí no podemos criar á nuestros hijos con dulces.... Vamos, ven Coco...

Se adelantó el niño con aire medroso, y, cuando llegó á su padre, se puso á llorar repitiendo: — He roto la olla. ®

— Sí, sí, ya sé lo que ha sucedido, el señor me lo ha contado todo. Ahora

vete á casa, y dí á madre Magdalena que me haga de comer... y que me tenga vino sobre todo... Pero no, mas quiero ir á comer á la taverna de Claudio... Vete, Coco... y que no me esperen á cenar... tengo que hacer en la ciudad.

Adivinó Augusto que el negocio de Calleux era el de beber las cinco pesetas hasta el último maravedí; pero contento de ver á su protegido enteramente gozoso, se despidió del rústico, y siguió al niño que volvió á tomar el camino que acababan de andar, pero entonces dando saltos y brincos al rededor de su compañero. ¡Se habia olvidado ya el grande disgusto! Se dice que somos grandes niños: sí, para las debilidades, pero no para la dicha.

Feliz Augusto, al ver la alegría del muchacho que no se acordaba de la olla, se complacia en mirarlo.

¡Les pega tan bien el reir á los niños de seis años! Una persona que ama á los niños no concibe que se puedan ver sus lágrimas con indiferencia. ¡Hay sin embargo gentes para quienes tienen mas encantos los ladridos de un perro que la risa de un niño!..... Esto hace mucho honor á su sensibilidad.

Iba Coco por el camino sin cesar cantando, corriendo, dando vueltas al rededor de Augusto, á quien hacia búrletas, porque se habia hecho ya grande amigo suyo; á la edad de seis años se concede la amistad con tanta facilidad como á los veinte se entrega el corazon. Jugaba y

corria Augusto con el niño; lo perseguía, lo atrapaba, rodaba con él por la yerba sin reparar en que aquello descomponía su atavío, porque las carcajadas de risa del niño eran tan sinceras y francas que frecuentemente participaba de ellas el hermoso señorito.

¡Pues qué! se dirá, ¡un pètimetre, un seductor, un hombre de gran tono, se divierte en jugar en el campo con un niño rústico! ¿Y por qué no? Feliz el que conserva al envejecer el gusto por los placeres de la edad juvenil. Enrique IV andaba por su cuarto á gatas llevando á sus hijos sobre la espalda. Sorprendido en aquella postura por un embajador de una corte extranjera, le preguntó sin descomponerse si era padre de familia, y habiéndole respondido que

si, replicó: *En ese caso, voy acabar de dar la vuelta del cuarto.*

Llegado al sitio en que habia encontrado al niño, quiso Augusto despedirse de él y continuar su camino, pero temiéndolo Coco de la mano sin quererlo aflojar le dijo:—Ven á casa conmigo... ven pues..... mamá Magdalena te dará buena mantequilla... ven, verás á Jacqueline... es bien hermosa. Vaya.

—¿Quién es esa Jacqueline, hijo mio?

— Es nuestra cabra, se acuesta junto á mí.

— Pero ¿está lejos de aquí tu casa?

— No, no, está ahí abajo.

Se deja Augusto llevar. Coco diciendo siempre:— está hay abajo; hizo andar aun á su compañero por espacio de una

Jose A. Guirino 18/1913

media hora. Por fin en la orilla de un camino de travesía, descubrieron unos miserables paredones, cuyo pajizo techo estaba abierto por varios sitios, y Coco exclamó: — Ya hemos llegado; ¿ves nuestra casa? luego tiró de su compañero para hacerle correr con él.

Estaba sentada delante de la cabaña una vieja flaca, corcovada y cuya tez daba la idea de las momias de Egipto. Salió sin embargo de aquel cuerpo debil una voz fuerte y áspera. — Ya vuelves por fin, perezoso, le dijo al niño, ¿por qué has tardado tanto?... ¿Y en donde está la olla?...

Miró Coco á Augusto á quien se habia acostumbrado á considerar como á su protector, y este dijo á la tia Magdalena la misma mentira que al tio

Calleux, agregándole tambien otras cinco pesetas que es un argumento irresistible.

Procuró entonces la vieja dulcificar su voz, y empeñó á Augusto á que entrase á beber leche de cabra y comer mantecilla fresca, que era cuanto podia ofrecerle. Entró en la choza el elegante joven cuyo corazon se comprimió al aspecto de aquella miserable morada. Una sola pieza componia toda la vivienda de la familia Calleux; ella era grande, pero no penetraba la luz sino en una parte, ni tenia mas pavimento que la tierra; las paredes mal revocadas no tenian adorno alguno que ocultase su desnudez; amenazaba ruina la cabaña, y en el sitio mas oscuro habia dos miserables camas sin cortinas que las defendiesen

del viento que penetraba por todas partes en aquel asilo cuyo mueblaje consistia en un bufete viejo, una arca para el pan, una mesa y algunas sillas.

— ¿En dónde te acuestas tú? dijo Augusto al niño, quien lo condujo á un rincón de la sala, en que apenas se veía, y le enseñó un gergoncillo sobre el que habia un mal cobertor de lana, y junto al cual habia una cabra echada sobre la paja tendida en el suelo. — He aquí mi cama, dijo Coco; ¡Oh! ¡yo estoy bien, vaya! Jacqueline me calienta por el invierno..... me quiere mucho Jacqueline.

Cojió el niño la cabra por el cuello y comenzó á acariciarla y á rodar con ella por la paja; pero tuvo que dejar luego á su fiel compañera, porque lo llamó su

abuela diciendo: — Vamos pues, ¡bribón! despues jugarás: ven á poner el pan en la mesa... dame una taza... ¡Este tunillo no vale para nada!

— Trata vm. con mucha dureza á su nieto, dijo Augusto sentándose delante de la mesa probando el pan negro y la leche.

— Si lo dejara, señor, estaria jugando todo el dia.

— Sin embargo debe vm. querer mucho á este niño, puesto que es el único que le ha dejado su hija.

— ¡Oh! sí, ¡le quiero mucho! pero cuando es uno pobre mas valdria no tenerlos.

Miró de nuevo Augusto á la vieja rústica y no le sorprendió ya tanto la fealdad de su rostro. Tomó á Coco en-

cima de sus rodillas, le hizo beber leche, y comer pan y mantequilla, se complacia en considerar su linda figura y sus hermosos cabellos rubios. Parecía la vieja enteramente pasmada de las caricias que el señorito prodigaba al niño, y murmuró entre dientes: — ¡Oh! ¡lo echa vm. á perder!... ¡Eso no vale nada!...

— ¡Aprende á leer y escribir?

— ¡Ah! ¡sí!... ¡y el dinero!..... ¡fuera de que no tenemos deseo de hacerlo un sabio! y qué ¿se necesita de eso para conducir el arado?

— Pero á lo menos podria vm. acostarlo en mejor cama de la que tiene.

— No tenemos mas sábanas que para una cama, y á mi edad es justo que yo las use: su padre se acuesta como él

sobre un gergon... Yo respondo de que no duerme peor por eso.

— Vaya, tía Magdalena, tome vm. esto, compre vm. con que hacer una cama á este niño y no lo trate vm. en adelante con tanta dureza.

Al decir esto se levantó Augusto y puso seis duros en manos de la vieja: esta que jamas habia visto tanto dinero junto, hizo reverencia sobre reverencia, abrumando al extranjero á protestas de agradecimiento, y diciendo al niño: Pues bien Coco, da las gracias al señor que deja todo esto para tí... ¡Quieres darle las gracias pronto!...

Miró el niño á su abuela con embrazo.

— Déjelo vm. dijo Augusto abrazándolo, no conoce todavía el valor del di-

nero... El beso que me da será mas sincero. Adios mi Coquito... ¡ Ah! ¿ el camino de Livri?

— Siga vm. ese sendero, señor, que lo llevará al camino real... En media hora estará vm. en él... ¿ Quiere vm. que lo acompañe Coco?

— No hay necesidad.

Salió Augusto de la cabaña; el niño le dijo adios y le gritó de lejos: — Volverás á jugar conmigo, ¿ no es verdad?

— Sí, dijo Augusto, te lo prometo.

R. H. Cárdenas

3/11/08

D. N. N. N. N. 20/5/90

#### CAPITULO IV.

##### RETRATOS NATURALES.

Desde las once de la mañana estaban esperando á Dalville en la casa de campo del señor Destival. Habia acabado de ataviarse la señora que era una dama morena de treinta años, ojos vivos, mirar lleno de expresion, y que sabia vistiéndose con elegancia hacer valer las ventajas de un talle airoso y formas se-

nero... El beso que me da será mas sincero. Adios mi Coquito... ¡ Ah! ¿ el camino de Livri?

— Siga vm. ese sendero, señor, que lo llevará al camino real... En media hora estará vm. en él... ¿ Quiere vm. que lo acompañe Coco?

— No hay necesidad.

Salió Augusto de la cabaña; el niño le dijo adios y le gritó de lejos: — Volverás á jugar conmigo, ¿ no es verdad?

— Sí, dijo Augusto, te lo prometo.

R. H. Cárdenas

3/11/08

D. N. N. N. N. 20/5/90

#### CAPITULO IV.

##### RETRATOS NATURALES.

Desde las once de la mañana estaban esperando á Dalville en la casa de campo del señor Destival. Habia acabado de ataviarse la señora que era una dama morena de treinta años, ojos vivos, mirar lleno de expresion, y que sabia vistiéndose con elegancia hacer valer las ventajas de un talle airoso y formas se-



ductoras; el atavío en el campo debe ser sencillo, pero hay ciertos desaliños que exigen mucha preparacion. Sin embargo como la señora era linda y todavía joven, no empleó mas que media hora en vestirse un ligero traje blanco, anudar un cinturon de color de naranja, retorcer con gracia los rizos de sus cabellos en los que habia un nudo de cinta semejante á su cinturon; en fin no preguntó mas que seis veces á Julia si le iba bien el color amarillo.

Julia respondió á la señora que era un embeleso, que el amarillo sentaba muy bien á las morenas, y que ademas podia sin temor llevar todos los colores. La señora sonrió ligeramente á Julia, que no tenia mas que veinte y cuatro años, pero que era extremadamente fea,

calidad que es una prenda en una doncella.

El señor Destival tenia diez años mas que su mujer: era alto, delgado, nada hermoso, y de una fisonomía notable, desgraciadamente la expresion de aquella fisonomía no era de las que anuncian un hombre amable, en quien el caracter hace olvidar la fealdad, era de las que anuncian la suficiencia, el estar pagado de sí mismo, y la pretension continua de ser malicioso; su gorra de campo puesta hácia delante parecia echar el sello á todo esto.

El señor Destival habia sido empleado en las administraciones; con el dote de su mujer habia comprado el cargo de comisario de almonedas que habia vendido en seguida ventajosamente; jamas

hablaba política por no comprometerse, y ni él mismo sabia de qué opinion era; se dió empero buenas trazas el señor Destival para formar una ajencia de negocios, tener numerosos clientes, y triplicar sus capitales. Es cierto que el señor Destival daba convites, bailes, refrescos, y que su señora que tenia unos ojos llenos de fuego, y un talante hechicero, hacia los honores de su casa con infinita gracia.

La casa de campo que habitaban de continuo en el estío era bastante grande para poder recibir en ella una sociedad numerosa, y quedarse á dormir siete ú ocho amigos; como Destival que tenia cabriolé no pasaba un dia sin ir á Paris á sus negocios, y algunas veces no volvia á dormir á Livri, la señora (que era

muy medrosa, aunque tenia el mirar de una mujer de caracter), se alegraba mucho de tener en su casa un amigo de su marido.

Un joven con cuatro mil duros de renta no podia menos de ser bien recibido en casa del señor Destival, y aunque no habia mas de tres meses que habia hecho Augusto aquel conocimiento, lo trataban como á un amigo íntimo. Destival lo empeñaba sin cesar á que fuese á verlo sea á Paris sea al campo, y la señora se complacia mucho en tocar la música con él.

Pero dieron las doce, y el señor Dalville no habia llegado. La señora se puso de mal humor; Julia estaba de centinela en una ventana del segundo piso, y el amo iba de un cuarto á otro exclamando

mando: — ¡Diantre!... mi amigo Dalville tarda mucho... me habia prometido sin embargo que vendria temprano y estaria aquí para la hora del desayuno.

— Pero ¿se acuerda por ventura el señor Dalville de lo que promete! dijo la señora con aire de enfado.

— ¡Oh! tú, ya se sabe, teniendo siempre que decir de él... atacándolo... ¡haciendo rechifla de él!...

— Yo, señor, que me importan á mí los gustos ni los defectos del señor Dalville; ¿en donde me ha visto vm. jamas decir mal de él?

— Ya sé que es por chancear... pero eres un poco satírica... ¡te gusta tirar pullas!... Yo tambien, es cierto, lo confieso, si no me contuviese seria muy mordaz; y aun lo soy con frecuencia sin adver-

tirlo. ¡Pero enfin Dalville es un bello mozo!.. bien nacido... rico... con talentos...

— ¡Oh! talentos..... ¡bastante lijeros!

— ¡Yo lo creia muy diestro en el violin!

— No, señor; con mucha frecuencia toca en falso... Y bien, Julia, ¿no ha visto vm. venir á nadie?

— ¡Ah! Dios mio, no, señora, por mas que estoy mirando... y todos esos quesos que he tomado á Dionisia... qué cosa tan desagradable.

— ¡Ah! háganos vm. el favor de dejarnos en paz con sus quesos... Suba vm. á la azotea... verá vm. de mas lejos.

— Sí, señora.

Subió Julia, y Destival volvió á la

conversacion : Creo que no dejarás de convenir en que Dalville tiene hermosa voz.

— ¡ Hermosa !... ¡ ah ! de esas voces que tiene cualquiera.

— Me parece sin embargo que canta perfectamente contigo los duos... sobre todo el del *Muletero* de Feideau, ya sabes aquel en que hay : *¡ Qué placer !... ¡ Qué placer !... ¡ y que acaba por cuculillo ! cuculillo !...*

— ¡ Ah ! señor, cuanto me impacienta vm. con sus cuculillos.

— También toca sus contradanzas en el piano...

— ¿ Quién es el que no las toca en el día ?

— Yo, á fe mia ; es cierto que he tenido siempre tantos negocios, que me

he visto precisado á descuidar mi inclinacion á la música. En fin Dalville es alegre, amable, de un humor jovial...

— ¡ Hay días en que no sabe decir tres palabras seguidas !

— Pero escucha, yo mismo, cuando estoy muy ocupado con un negocio de importancia, no estoy tan amable como de costumbre... eso le sucede á todo el mundo. Vuelvo á Dalville, es rico... joven... ¡ Ah ! qué idea tan deliciosa....

— Pero ¿ qué es eso, señor ?

— ¡ Es necesario que yo lo case !...

— ¡ Casar al señor Dalville ! ¿ Pero quién lo mete á vm. en eso ? ¿ Es acaso negocio suyo ?

— ¡ Pero no me ocupo también en los de otros ? Este puede ser muy bueno, y.....

— ¡Ah! señor, ruego á vm. que no se mezcle en casamientos. ¿Qué sabe vm. de eso?

— Me lisonjeo de que sí, señora...

— Un hombre de estudio hacer casamientos; vaya, vaya, eso sería no tener sentido comun... ¿Y su escopeta, señor, se ha acordado vm. de ella?

— Sí, señora, ya he dicho á Bautista que la limpie, y Dalville debe traer á Bertrand, ese antiguo militar, que me enseñará á manejarla... porque ya sabe vm. que anda un lobo en los alrededores; eso es desagradable, y da cuidado.

— ¿Yo pienso que eso no dispensa el hacer una batida en el bosque?

— ¡Oh! no, al contrario, yo soy el

que ha provocado esa medida de seguridad... Yo quiero ver el lobo.

— Hará vm. muy bien, señor.

Se interrumpió la conversacion por el ruido que se percibió en la pieza inmediata. ¡Ah! ya está ahí, sin duda, el querido Dalville, dijo el señor Destival. No dijo nada la señora, pero puso un gesto enfurruñado que hacia adivinar lo que pasaba en sus adentros. Sin embargo la persona que se oyó no entraba todavía y continuaba estregándose los pies en un felpudo. Abrió el señor Destival la puerta del salon, y en lugar de Augusto vió á un hombre pequeño de cincuenta y cinco años, con peluca rubia, sombrerito de paja de ancho vuelo, frac casi cuadrado, calzon corto, y medias de aguas, que se estregaba y se

restregaba los pies en el felpudo de la antesala.

— ¡Eh! ¡es el señor Monin nuestro vecino!... dijo el señor Destival cuando vió al hombrecillo.

Al nombre de Monin, hizo madama Destival un movimiento de impaciencia, murmurando entre dientes: ¡qué fastidio! ¡y qué necesidad teníamos de su visita!...

— ¡Chiton! calla, tiene todavía un fondo de farmacia que vender y una casa que comprar... Quiero que coma con nosotros. Al acabar de decir estas palabras se volvió el señor Destival hacia la antesala en que el señor Monin estregaba aun sus pies en el felpudo.

— Pero qué ¿no entra vm., mi querido señor Monin? ¡qué diantres hace vm. ahí tanto rato?... me parece que hace

muy buen tiempo y que no ha podido vm. enlodarse.

— ¡Ah! voy á decir á vm., al pasar por el patio, iba mirando al cielo para saber si tendríamos tormenta, y he tropezado en un monton de estiercol en que no habia reparado.

— Eso es falta de Bautista: ese estiercol debia haberlo metido á dentro.

— Bien, bien, basta.

Dejó por fin el felpudo el señor Monin, y, levantando hacia el señor Destival unos ojos muy sacados en los que en vano se buscaba pensamiento alguno, dejó escapar una sonrisa que cortó su rostro en dos, pero dominando siempre una nariz de enorme dimension continuamente henchida de tabaco como una pipa sin encender.

— ¿Cómo va el estado de su salud de vm., mi vecino?

— Muy bien, mi querido señor.... entre vm., allí está mi mujer que se alegrará mucho de ver á vm. Entró en el salon el señor Monin y se quitó el sombrero haciendo un profundo saludo á la señora Destival, que respondió á aquella urbanidad con una sonrisa que podria pasar por una mueca; pero el señor Monin tomó la cosa en buen sentido y comenzó su frase inevitable.

— ¿Cómo va el estado de su salud de vm., señora?

— Así, señor... no muy bien en este momento..... tengo mal de nervios..... palpitaciones.....

— Es efecto del tiempo, señora, hoy

hace mucho calor; estamos á los veinte y seis grados tres decimos.

— Veinte y siete, mi vecino, dijo el señor Destival mirando su termómetro.

— ¡Eso es asombroso! en mi casa no hay eso... Sin embargo de estar en la misma posicion, mi mujer dice tambien que de algun tiempo á esta parte no subo yo bastante.

— Y, vecino, ¿por qué no ha acompañado á vm. la señora Monin?

— Está poniendo pepinillos en adobo, y esto la va á ocupar todo el dia. ¡Ah! ¡los limpia con un cuidado! Hoy no saldrá.

— Gracias á los pepinillos, dijo muy bajo la señora Destival, mientras que el señor Monin continuaba haciendo to-

dos sus esfuerzos para encajar aun otro polvo en sus narices.

— Me ha dicho mi mujer : No te necesito Monin, vete á pasear... Entonces he venido á ver á vms.

— Es vm. muy amable, mi vecino. ¿Vm. pasará todo el dia en nuestra compañía?

— Si eso no les sirve á vms. de incomodidad, me quedaré con mucho gusto, porque voy á decir á vms. : cuando mi mujer adoba pepinillos no le gusta ocuparse de la cocina.

— Está entendido, vm. se queda con nosotros. Verá vm. al señor Dalville, un bello joven muy alegre. Su criado, que es un antiguo militar, debe darme una leccion de ejercicio ; porque he sido nombrado general...

— ¿Cómo?

— ¡Eh si! en la batida que se va á hacer.

— ¡ Ah! ; ya decia yo!

— Pero ¿no será vm. de la partida, señor Monin?

— ¡ Ah! voy á decir á vm. : si tuviera aun mi barraca, enhorabuena.

— ¡ Señora! ; señora! una magnífica calesa entra en el patio, dijo Julia corriendo al salon.

— Una calesa...

— Con el señor La Tomasiniere y su señora.

— ¡ Qué!... ; han venido! ; Ah! ; qué amables son!... exclamó el señor Destival, corriendo á la ventana. No participaba madama Destival de toda la alegría de su marido ; se levantó sin embargo para asegurarse de la llegada de sus nuevos huéspedes, y bajó á recibir-



los, porque gentes que tienen una calesa y una librea merecen los mayores miramientos; tambien el señor Destival voló detras de su mujer, dejando allí al señor Momin, que iba á decirle cuantas veces se habia hallado de caza, y que, viéndose solo en el salon acudió á su recurso ordinario, y consiguió, poniendo en ello la mayor perseverancia, el encajarse aun en sus narices dos lindos polvos.

El señor La Tomasiniere, por quien se apresuraban á bajar, era un hombre de cuarenta años poco mas ó menos. Cuando llegó á Paris, de edad de diez y ocho, se llamaba simplemente Tomas, y no se avergonzaba entonces de su madre que tenia una tabernilla en su pueblo. Pero su mansion en la capital mudó enteramente al señor Tomas, al principio

simple dependiente, despues empleado, luego prestando á usura, y por fin haciendo negocios en grande, habia visto el señor Tomas sonreirse la fortuna, especuló sobre las rentas, fué feliz, desde entonces olvidó su pueblo y tomó el tono y las maneras de un hombre del gran mundo. Que se eleve un hombre de la nada al mas alto grado de la fortuna, nada tiene de malo, al contrario, el que lo consigue por su trabajo, y hace por sí mismo su fortuna, deja presumir mas mérito que el que llega sin hacer nada á la cumbre de los honores. Pero lo que no se les perdonará jamas á los advenedizos es el afectar orgullo é insolencia, y que crean que, dándose aire de grandes señores hacen olvidar el nombre y traje que llevaban de ante

mano. El señor Tomas era de este número. Había comenzado por cambiar su nombre demasiado lugareño en el de La Tomasiniere; luego en lugar de empeñarse con su madre para que dejase su pueblo y viniese á gozar de su fortuna, se había contentado con enviarle una suma de dinero para que descolgase el rótulo del *Asno sabio*, y dejase de vender vino; pero le había prohibido venir á Paris cuyo aire era, segun decia, muy mal sano para las mujeres de edad. Habia en seguida el señor La Tomasiniere montado su casa, tomando coche, lacayos, librea; había comprado una magnífica casa de campo y una mujer muy linda de diez y ocho años que le habían entregado con veinte mil duros de dote, y que ni siquiera había preguntado si

su marido era hermoso ó feo, porque habiendo recibido una educacion perfecta, sabia que un futuro con coche, tiene siempre bastante linda figura, y que una mujer no está obligada á no mirar mas que á su marido.

El señor La Tomasiniere, hecho ya un petimetre y remedando las maneras del gran mundo, pero dejando siempre traslucir algo *del asno sabio*, decia, viniese ó no al caso: mi tierra, mis bienes, mis criados, mis caballos; solo cuando hablaba de su mujer dejaba de usar del pronombre posesivo. En cuanto á la señora, viva, lijera, atolondrada, y sin pensar en otra cosa que en sus adornos y placeres, no conversaba con su marido mas que para pedirle dinero ó hablarle de la fiesta que queria dar.

— ¡Eh! ya están aquí nuestros queridos amigos, dijo el señor Destival corriendo á dar la mano á madama La Tomasiniere para que bajase del coche, mientras que él admiraba sus caballos y el resplandor de su librea.

— Buenos dias, Destival... Lapierre ten cuidado de mis caballos...

— Señora, yo ofrezco á vm. mis respetos... Lacayos, cubrid mi calesa..... podrá llover dentro... Venimos sin cumplimiento... no incomoda á vms. el que haya traído algunos de mis criados, ¿no es verdad?

— ¡Como qué! tengo donde alojarlos y que darles de comer, respondió el señor Destival mordándose un poco los labios, porque la brillante calesa oscurecia demasiado su modesto cabriolé, y

Bautista y Julia que componian toda su servidumbre quedarian tamañitos al lado de uno de estos mocetones que el señor la Tomasiniere llevaba en su comitiva. Pero estas reflexiones no impidieron que continuasen los cumplimientos, y no hicieron mas que inspirarle el deseo de aumentar el boato de su casa; así es que, dando la mano á la joven señora dijo para sí nuestro hombre de negocios: Es necesario que yo case á Dalville, venda la farmacia del señor Monin, y le compre una casa; entonces me echo un lacayito, que procuraré tomarlo negro y vestirlo de encarnado para que se vea de lejos. Se abrazaron las dos señoras:

— Buenos dias, mi querida amiga.

— Buenos dias, mi muy estimada.

— ¡Qué gusto me da vm. en venir á vernos!

— Estaremos aquí hasta mañana.

— ¡Qué bien compuesta está siempre!...

— ¿Le parece á vm. así?

— Pasmosamente... Me gusta mucho esa hechura de vestido...

— Es la última moda... no del todo bastante escotado.

— Pero, si... Yo quiero uno de ese género... ¡es de buen gusto!

— ¡Ah! es muy sencillo : ¡no viene á costar mas que ochocientos reales!

¡Pero para el campo y para ir á casa de los amigos!... Ya le daré á vm. las señas de mi mercader.

Y la señora Destival hizo subir á la señora La Tomasiniere al primer piso, con-

tinuando en abrumarla á cumplimientos, y fingiendo el júbilo mas vivo para mejor ocultar su secreto despecho ; porque la recién llegada era en efecto linda, muy joven, tenia en sus modales una vivacidad que gustaba, y el señor Dalville, á quien todavía se aguardaba, no se habia hallado con ella. El señor Dalville, tan facil de inflamarse, podia muy bien hacer la corte á la señora La Tomasiniere que podria tambien escucharlo, y todo esto ocasionaba en secreto muy mal humor á la señora Destival, que por lo mismo afectaba mas amabilidad, porque en el mundo es necesario aparentar y decir lo contrario de lo que se piensa, en lo que consiste el gran secreto de saber vivir.

Entró la señora La Tomasiniere en el

salon en que habia quedado el señor Monin, que estaba ya á punto de tomar un nuevo polvo, pero que se detuvo al ver á la petimetra, retrocedió, se quitó su sombrero de paja, y, aunque no conocia á la joven dama, iba á comenzar su frase consabida: ¿Cómo va el estado de su salud de vm.?

Perola petimetra no dejó al ex-farmacéutico tiempo suficiente para tomar la palabra; ahogó con su pañuelo una carcajada de risa que le produjo la figura orijinal del señor Monin, y se volvió á la señora Destival diciendo: ¿Quién es ese?

— ¡Un vecino..... extremadamente rico, ¡pero tan necio como fastidioso!...

— ¡Ah! tanto mejor, ¡nos divertiremos á su costa!... Es preciso reirnos un

poco... ¿Espera vm. mas gente?...

— Si... esperamos un joven... un grande amigo de Destival..... el señor Augusto Dalville... ¿le conoce vm.?

— No, pero he oido hablar mucho de él; se le cita en el mundo por sus buenas fortunas y sus conquistas... Yo me alegraré de conocerlo... En general esas malas cabezas son siempre amables; ¿no es verdad, mi querida?

— Algunas veces..... no siempre..... Por lo demas, vm. lo juzgará por sí misma...

— ¿Dicen que es muy lindo mozo?

— ¡Oh! así, así, una figura regular, á eso se reduce... bastante buenos ojos... pero la boca un poco grande..... labios muy gruesos... No me gustan dél todo esa clase de figuras.

— A mí no me gustan las bocas delgadas... ¿Es rubio ó moreno?..

— Casi no me acuerdo... Creo que es moreno...

— Yo me figuraba haber oído decir que Dalville iba con mucha frecuencia á casa de vm....

— No... al despacho de mi marido, á sus negocios...

— ¿No es aficionado á la música?

— Un poco...

— Yo he traído un duo que me gusta mucho, lo cantará conmigo.

— El señor Dalville tendrá sin duda el mayor placer en acompañar á vm.....

Perdone vm. mi bella amiga, tengo algunas órdenes que dar... en el campo no se gastan cumplimientos...

— ¡Así lo espero! Yo voy á ver su jardín de vm....

— Vaya vm.... Yo voy á hacer que sirvan el desayuno, iré á avisarlo á vm.

Bajó la petimetra ligeramente la escalera que conducía al jardín, y la señora Destival se fué á su cuarto de dormir, en donde se echó sobre un sillón diciendo á Julia que acababa de entrar :

— ¡Ah! ¡ Julia! ¡ estoy muy incomodada!... no puedo mas, ¡ me ahogo!...

— Bien lo creo, señora, ¡ no es para menos! ¡ no ver llegar á los que se esperan y recibir tanta gente con que no se contaba!...

— ¡ Es cruel Destival! ¡ con su manía de obligar á cuantas personas que encuentra!... ¡ lo mismo haría si tuviese un palacio!

— ¡Ese viejo Monin!... que no sabe mas que comer y beber...

— Aun si no hubiese mas que él, no se le hace caso, á eso se reduce.

— ¡Pues qué, va á venir su mujer?..

— No, gracias á Dios, está adobando pepinillos.

— Es una fortuna, la tal señora Monin es una muy mala lengua, y curiosa... ¡Ah! entra siempre en la cocina á ver lo que se hace.

— A pesar de eso, yo la hubiera preferido á estos La Tomasinieres, que tienen un tono, se dan unos aires... ¡pretensiones insoportables!...

— Y luego, se ha visto jamas traer tres criados, que es necesario mantener... ¡Estos mocetones se lo van á comer aquí todo!

— Julia, ¿qué hora es?

— Mas de las doce, señora.

— El no vendrá... ahora me alegro de ello... Haz servir el almuerzo... No comeremos hasta las seis y media.

— Eso es, así á lo menos no cenarán.

Bajó Julia; la señora se puso delante del espejo, se estuvo mirando en él algunos minutos, arregló algunos rizos, y luego se alejó diciendo: — ¡Bastante bien estoy para estas gentes! Se fué al jardin á reunirse con madama La Tomasiniere, cuyo esposo, al llegar, pidió á madama Destival pluma y tintero á fin de escribir inmediatamente una nota importante sobre un gran negocio. Estableció el señor Destival al especulador en su gabinete diciendo: — No se incomode vm.,

obre vm. como si estuviera en su casa , ahí lo dejo. Y el señor La Tomasiniere se quedó solo en el despacho ; se rascó la cabeza, miró las plumas y no escribió cosa alguna , por la razón de que nada tenía que escribir ni nota alguna que tomar ; pero un hombre que hace grandes especulaciones debe siempre aparentar que está preocupado y necesitar un escritorio ; esto impone á los tontos , á las gentes crédulas , y aun algunas veces á las de talento ; solo los intrigantes no se dejen alucinar de estas pequeñas astucias , porque ellos mismos echan mano de ellas con frecuencia.

Cuando dejó á La Tomasiniere , fué Destival á buscar á Monin que no se formalizó de que no se hubiesen ocupado de él , porque su mujer lo había acostum-

brado á ello. — ¡ Vamos ! mi vecino , ¿ ha vendido vm. aquella farmacia ? dijo el hombre de negocios dándole un golpecito en el hombro á Monin.

— Todavía no , mi vecino... Eso me embaraza , porque le diré á vm. : los que me sustituyen provisionalmente no tienen los mismos hábitos que yo.

— Yo se la venderé á vm. Ya nos veremos este invierno en Paris , señor Monin , y espero cultivar allí su amistad de vm...

— Señor , ciertamente...

— Vm. vendrá de tertulia á mi casa.

— Juegan vms. al tresillo.

— No , sino al ecarté... al boston.... Tengo una hermosa casa para vender á vm.

— ¿ En verdad ?



— Sí; es de lance, por nada...  
 — ¿Está asegurada?  
 — No lo sé... Hablaremos de eso; vaya vm. á dar una vuelta por el jardín... Yo voy á ver si tratan de darnos de almorzar.

Se alejó Monin, y al volverse Destival vió á su mujer, que exclamó:

— ¿Cómo, convide vm. á Monin á que vaya á vernos á Paris?

— Ciertamente.

— En el campo pase, porque es vecino; ¡pero en la ciudad! un hombre que no sabe decir ni hacer nada, que no juega sino al tresillo.

— Pero es rico.

— ¡Eh! eso no impide que sea bestia como un ganso.

— Señora, no será el primer bestia

que haya vm. visto en casa. Cuando se recibe mucha gente no puede suceder otra cosa. ¡Eh! fuera de que, con las gentes de talento, con los autores y poetas no se gana un cuarto.

— Puesto que le gusta tanto el dinero, ¿por qué convida á todo el mundo á que venga á la casa de campo? Eso es ruinoso.

— Sosiéguese vm., señora, yo no convido sino á gentes que me pueden ser útiles..... ¡Oh! ¡yo soy muy ladino! veo de lejos... La Tomasiniere es un excelente conocimiento, yo tengo grande empeño en ligarme íntimamente con él. No ignoro que por lo comun es muy ridículo, que quiere hacer el señor, y que no le pega; que suelta de cuando en cuando expresiones y patochadas que

huelen terriblemente á su primera educacion, que es pesado con su coche, sus tierras, sus bienes y sus criados, que nos encaja á cada paso; pero por lo demas, es un hombre á quien profeso una estimacion particular, porque, como decia ahora mismo, yo veo muy de lejos, señora. ¿Pero ese almuerzo?

— Hable vm. á Bautista, ya he dado mis órdenes á Julia.

Fué madama Destival al jardín en el que estaba la petimetra retozando y haciéndose un ramillete. — ¿Ve vm., dijo, como cojo de sus flores?

— Hace vm. muy bien, mi querida amiga, tome vm. cuanto le acomode.

— Es bonito el jardín.

— ¡Oh! no es crecido; pero tiene sombra que es lo que á mí me gusta.

— A mí tambien. En nuestra quinta de Fleuri he hecho plantar un bosque... Vm. verá, será delicioso.

— Pero antes que brote...

— ¡Oh! no se han puesto sino árboles ya crecidos... En el próximo mes le daré á vm. en él una fiesta. Espero que se hayan acabado las pinturas y adornos que he hecho poner para ir á pasar en él un mes. Pero llevaré mucha gente; porque á mí no me gusta el campo sino con numerosa sociedad.

— A mí me gusta bastante la soledad.

— ¡Dios mio! ¡me moriria si estuviere un día sola!

— Pues qué ¿no le gusta á vm. la lectura?

— Sí... un momento, en la cama, pero no mucho rato, porque fatiga.

— ¿Y la música?

— Yo no toco sino cuando hay quien me oiga.

— ¿El dibujo?

— ¡Ah! eso era bueno para una coleccionista... En mi quinta pienso tener un teatrillo; representaremos comedias, eso sí que es divertido... Yo representaba frecuentemente en mi pension... sobre todo me gustaban los papeles en que se cambiaba de trajes.

— ¡Qué niñada!...

— Qué quiere vm., es necesario pasar el tiempo... Si no tuviese mas que á mi marido para divertir me... ¡Ah! ¡Dios mio! ¿donde íbamos á parar? un hombre que no se ocupa mas que de cál-

culos.... de cambio..... ¡qué sé yo!... Estos hombres de negocios son muy poco amables.

Al entrar estas señoras en otra calle de árboles, se hallaron junto al señor Monin, que estaba parado y parecia estar en contemplacion delante de un ciruelo, cuya fruta era muy abultada; al ver á las señoras, se quitó el sombrero de paja, y dijo entre dientes: — Cómo va el estado de..., pero no acabó su frase, porque se acordó que habia ya saludado á las señoras en el salon, entonces se volvió y enseñó el arbol diciendo:

— Trae hermosas ciruelas.

— ¡Cómo, querida mia, tiene vm. árboles frutales en su jardin! exclamó la petimetra, eso es de muy mal tono... es necesario hacerlos arrancar, y plan-

tar en su lugar ebanos, acacias, sicomoros...

— ¡Oh! nuestro jardín no es de lujo, respondió madama Destival, mordiéndose los labios con despecho, no es un parque como su quinta de vm.... y á Destival le gusta mucho la fruta.

— Tiene razon, respondió Monin que se habia aproximado al ciruelo cuando madama La Tomasiniere habia hablado de hacerlo arrancar, la fruta es muy provechosa cuando se come en buena sazón; por otra parte voy á decir á vms...

— Y ciruelas blanquillas, replicó la joven elegante, quita allá. Eso es muy malo, se queda para los criados.

— ¡Oh! cuando Destival haya hecho fortuna, entonces haremos un verjel

particular... pero mientras tanto tenemos que contentarnos con una pequeña quinta... ¿Qué quiere vm.? ; no hemos nacido en medio de las grandezas.... en los palacios!

La señora Destival se afirmó con malicia en estas últimas palabras; pero no pareció que reparaba en ellas la señora La Tomasiniere: tan atolondrada como inconsecuente, dijo cosas mortificantes sin pensar en ello; y si hablaba sin cesar de sus adornos, de sus diamantes y de sus tierras, no era tanto por vanidad como por costumbre, mientras que el movil de todas las acciones de su esposo era el deseo de hacer ostentacion de su fortuna.

— El almuerzo nos espera, señoras, dijo el señor Destival corriendo con aire

galante á ofrecer su mano á la petimetra; venga vm... porque es tarde, y debe tener necesidad de tomar algo, y á fe mia si viene Dalville almorzará solo, á eso se reduce.

El amo de casa se alejó con la joven señora. El señor Monin habia ya dejado su sombrero de paja, y se preparaba á ofrecer la mano á la señora Destival, quien habiendo adivinado su intencion desapareció por otra calle, y el hombrecillo, no viendo ya á la señora se decidió á dirigirse solo al comedor, pero antes echó una mirada tierna hácia el ciruelo.

Estaban en la mesa, y el señor La Tomasiniere no habia aun salido del gabinete. — Avisarle que vamos á almorzar,

dijo el señor Destival, que solo á él esperamos.

Subió Bautista al gabinete y gritó desde la puerta: — Señor, ya se ha servido el almuerzo.

— Está bien... muy bien... ya bajo, respondió el señor La Tomasiniere, continuando en rollar entre los dedos bolitas de papel, no tengo que tomar mas que una nota.

Fué el criado á decir lo que le habia respondido. — ¡Qué hombre tan terrible con sus notas! dijo madama Destival, ¡no tiene ni un momento suyo, aun en el campo!...

— ¡Mi marido! respondió la petimetra, ¡ah! querida mia, ¡es el ente mas insoportable con sus escrituras!... Jamas está pronto para bajar á la hora de

comer, aunque haya veinte personas convidadas, lo que sucede con frecuencia, es necesario enviarlo á buscar tres ó cuatro veces.

Despues de haber hecho aun bolitas de papel por espacio de cinco minutos, el señor La Tomasiniere se decidió por fin á presentarse en el comedor.

— Perdonen vms. ya estoy aquí..... no es culpa mia, no debian vms. haberme esperado... Me habia venido á la cabeza cierta especulación.... Deme vm. una ala de gallina y un vaso de Burdeos, yo no tomo otra cosa por la mañana... ¿Y bien, Atalia, supongo que ha hecho vm. estragos en el jardín de la señora?

Atalia, que comia muy bien para ser una petimetra, respondió riéndose á su

esposo : — He hecho lo que me ha acomodado ; ya sabe vm. que eso no le importa.

— Es justo, señora, muy justo ; á mí no me toca mas que dar el dinero, pagar las cuentas : cuatro mil ochocientos reales á una modista... es un poco caro... pero es necesario que madama lleve de lo mejor.

— Si vm. se enfada, la próxima cuenta será doble.

— Ya sabe vm. que cuando se trata de dar el dinero, jamas me hago de rogar. Es una cosa muy natural.... cuando es uno rico es necesario dar á ganar á los mercaderes : ¿no es verdad Destival?

— Ciertamente, respondió este, yo soy enteramente de la misma opinion que vm... ¿Y cómo halla vm. el Burdeos?... no ha dicho vm. nada.

— Es bastante bueno, pero yo tengo mucho mejor que este. ¡ Oh! lo tengo mucho mejor; vm. lo verá, se lo haré probar en mi casa.

— ¿Y esta crema le parece á vm. buena, señora?

— Sí, respondió la petimetra, mientras que el señor La Tomasiniere tomaba tres cucharadas diciendo: — Veamos esta crema; luego hizo un ligero gesto añadiendo: ¡ Ah! en mi hacienda tenemos leche excelente... no se puede comparar con esta... ¡ qué diferencia!... y aves... ¡ ah! deliciosas... Es cierto que se les alimenta con cuidado!... ya se ve, vms. creen comer alguna cosa de provecho cuando comen una gallina como está... Pues bien, si vms. conociesen mi

corral de Fleuri, mirarian esto como morralla...

— Entonces es una felicidad que no lo conozcamos, respondió madama Destival dirijiendo una mirada significativa á su esposo, quien para cortar esta amable conversacion, se dirijió á Monin, que desde que se habia sentado á la mesa no habia hablado una palabra, ocupado enteramente con una pierna de gallina que sazónaba algunas veces con tabaco, y mirando con complacencia un hermoso pastel que estaba delante de él y parecia decirle: — ¿cómo va el estado de la salud de vm.?

— ¿Parece que hay buen apetito, mi vecino?...

— Sí, sí... el tiempo es el que hace esto... ¡ Lo gasta vm.! dijo Monin pre-

sentando su caja á Destival, y luego á La Tomasiniere que despues de haber tomado un polvito sacó de su bolsillo una caja de oro que estuvo mirando algun tiempo con complacencia diciendo entre dientes : — Este es de Virginia... es lo mejor que se encuentra en materia de tabaco; es muy caro, pero á mí no me gusta otro que este; pruébelo vm., señor. Monin que jamas habia echado pie atras delante de un polvo, iba á tomar de la Virginia, cuando se oyó el ruido de un carruaje que entraba en el patio, y Julia corrió diciendo : — Ya está aquí el señor Dalville; su cabriolé acaba de entrar en casa.

La señora Destival dejó escapar una sonrisa de alegría, la petimetra se apresuró á hacerse mudar de plato á fin de

que no se viesen delante de ella los restos de su almuerzo, el señor Destival fué corriendo á recibir á su querido amigo, y el señor La Tomasiniere dijo para sí : — Sin duda este Dalville es un millonario, ¡ pues que su llegada produce tanta sensacion !

En cuanto á Monin, con una mano en el polvo de Virginia y la otra en el tenedor, turbado con el movimiento que excitó al rededor de él la llegada de Dalville, llevó á sus narices un hermoso trozo de jamon, y á su boca el tabaco superfino; pero notando su equivocacion se contentó con poner cada cosa en su lugar.





*L. Hernández*

*3/14/08*

## CAPITULO V.

### EL EJERCICIO, EL COLUMPIO, LA BORRASCA Y LA MUSICA.

En vano buscaba Destival con los ojos á Dalville á quien habia ido á recibir, y no vió junto al cabriolé mas que á Toni y á Bertrand que le hizo un saludo militar.

— Y bien ¿en donde está? ¿por donde ha entrado? dijo el señor Destival. Pasó Bertrand la punta de la lengua

por los labios y se rascó una oreja para buscar una respuesta; pronunció por fin con voz firme:— El señor Dalville llegará aquí tan pronto como yo.

— Veo sin embargo que llega vm. sin él; ¿lo ha dejado á vm. en el camino?

— Sí, señor.

— ¿Conoce á alguno en los alrededores?

— Creo que sí, señor.

— ¿Enfin él va á llegar? eso es lo esencial.

Corrió Destival á decir á las damas que iba á llegar su amigo Dalville, que se habia detenido en casa de un conocido, pero que no podia tardar.

— Yo no creia que conociese á nadie en este contorno, dijo madama Destival con sorpresa.

— ¡Dios mio! ese señor se hace bien desear, respondió la viva Atalia levantándose de la mesa, mientras que La Tomasiniere descontento de que se ocupasen de otro que de él, daba algunos pasos por el cuarto, luego dió una patada con violencia y se pegó en la frente diciendo:— ¡Ah! ¡Dios mio! ya iba á olvidar..... ¿qué hora? ¡aun no es la una!..... ¿hay posta en los alrededores?

— ¿Posta de caballos? dijo Monin.

— No, señor, posta para las cartas.

— ¡Ah! sí.... allí..... en la segunda calle. Creo que... sin embargo no lo afirmaré... pero voy á decir á vm.

— Voy corriendo..... aun llegaré á tiempo.

Arrojóse entonces el señor La Tomasiere fuera de la sala como si fuese á derribar á todo el mundo, y sin escuchar á Destival que le gritaba: — Estese vm., yo la haré llevar: además ahí están sus criados de vm. Corrió el especulador precipitadamente hácia el campo, y habiendo llegado á un espeso ramaje se tendió sobre la yerba y se durmió diciendo: — Un hombre como yo no debe tener un momento desocupado.

Volvieron las damas al salon. El señor Destival bajó otra vez adonde estaba Bertrand, y Monin, que vió que todo el mundo dejaba la mesa, se decidió á hacer otro tanto, y siguió al amo de casa.

Cuando se hubo ya refrijerado Bertrand, lo tomó Destival por su cuenta suplicándole le diese una leccion de

ejercicio y de mando. El antiguo cabo de escuadra se dispuso á hacer lo que le renovaba sus gloriosos recuerdos. Se fué al terrado del jardin con el señor Destival, que hizo llevar su escopeta y un florete que le sirviese de sable, y se mantuvo derecho como un palo ejecutando las órdenes de Bertrand. Monin, que los habia seguido, creyó que exijia la política el hacer lo mismo que su huesped, tomó una pala en guisa de escopeta, y, colocado detras de su vecino, ejecutó tambien los *derecha, izquierda, presenten las armas*, que no interrumpia sino para visitar su caja de tabaco.

Hacia mas de una hora que estos señores estaban en el terrado con Bertrand que hubiera pasado con gusto todo el

dia en tan agradables ocupaciones. El señor Destival que queria eclipsar por su destreza en el ejercicio á los guardas del campo, comenzó á tenerse firme como un granadero prusiano; y Monin, bañado en sudor, porque queria marchar con tanta gallardía como su huesped, no reparó que á fuerza de manejar su pala, en puntería, adelante, y arma al suelo, habia empujado hácia atras su sombrero de paja y su peluca, lo que le daba un aire extremadamente camorrista.

Interrumpieron el ejercicio las carcajadas de risa de la bulliciosa Atalia que llegó con madama Destival.

Monin se detuvo sobre un: Presenten las armas; ya era tiempo, porque si hubieran pasado algunos instantes la pelu-

ca se hubiera caido y mostrado al exotico como un niño Jesus.

En cuanto al señor Destival se presentó con arrogancia delante las señoras, con la escopeta al brazo, diciendo:— ¡Qué tal! ¿qué piensan vms. de mi garbo?

— ¡Es magnífico!.... pero me gusta mas el señor con su pala... está mas chusco...

— ¿Cómo, mi vecino; tambien vm. toma leccion de ejercicio?

— Sí, respondió Monin limpiándose la frente y llevando su peluca hácia adelante, lo habia seguido á vm. desde lejos, y despues voy á decirle....

— ¿Pero que se ha hecho el señor Dalville? dijo madama Destival sin escuchar al señor Monin, lo ha dejado á

vm. en el camino, debia llegar tan pronto como vm. y hace dos horas que vm. está aquí, ¿en casa de quien lo ha dejado vm., Bertrand?

— ¿En casa de quien, señora? Yo no he dicho haberlo dejado en casa de nadie...

— ¿Vm. lo ha visto entrar en alguna casa sin duda?... ¿Enfin no lo ha dejado vm. en el camino real?

— Perdone vm., señora, yo he dejado cabalmente á mi teniente en medio del camino, á media legua de aquí.

— Bertrand, vm. no lo dice todo... ¿y el señor Augusto no estaba probablemente solo en el camino?...

— Yo no he visto si venia gente, señora.

— ¡Oh! ¿habria por allí alguna aldeana, alguna rústica belleza,

que habrá seducido al señor Dalville!...

— Cómo, mi querida, ¿se dedica á semejante género? dijo la petimetra con un aire de desden.

— Se dedica á todos los géneros, mi amiga. ¡Oh! Dios mio, una moza de corral, que tendrá una naricilla arregada... un...

— ¡Ah! quita allá, eso disminuye mucho la buena opinion que tenia de ese señor.

— Se lo repito á vm., añadió en voz mas baja madama Destival, aproximándose á su amiga, es un libertino... ¡enteramente!... ¡A no ser por mi marido, yo no lo recibiria!... es un hombre cuyo conocimiento puede comprometer la reputacion de una mujer... ¡Pero Destival está loco con él!... quiere absoluta-

mente recibirlo; le convida á cada instante : á mí no me gustan las disputas, y dejo á mi marido que haga lo que quiera.

— Yo no soy tan complaciente, yo no hago mas que lo que me acomoda, ni recibo mas gentes de las que me convienen. ¡ Ah! si La Tomasiniere quisiese oponérseme, tendria al momento ataques de nervios.

Iban á tomar de nuevo las damas el camino del jardin, y á continuar Bertrand con su leccion de ejercicio, cuando se oyeron en el patio carcajadas de risa, y al momento pareció Dalville delante de la sociedad.

— ¡ Eh! buenos dias, querido amigo, dijo el señor Destival, yendo hácia Augusto con su escopeta en la mano, no

esperábamos verlo á vm.... Arma al brazo.... qué tal.... es así, ¿ no es verdad?

— Veo que Bertrand hará algo de provecho con vm...

— Calla; vea vm. mi mujer que estaba de mal humor porque vm. no llegaba...

— ¡ Dios mio! cuanto me hace sufrir mi marido, dijo madama Destival á su vecina, tomando un aire frío para saludar á Augusto que le dijo :

— ¡ Qué! señora, ¿ ha sido vm. tan buena, que se ha inquietado por mi ausencia?...

— Yo, señor, no he dicho una palabra tocante á eso... Yo no sé por que se complace Destival en hacerme decir cosas que no pienso. Solamente encuentro

que cuando se promete el llegar á almorzar es ridículo venir al fin del dia; por lo demas eso de manera alguna me sorprende.... ¡ah! Dios mio! señor, pero que ha sucedido á vm... ¿cómo se ha hecho vm. esa herida en la cara?... ese desorden en el traje.... Parece que le han ocurrido á vm. grandes aventuras...

— En efecto, señoras, dijo Augusto saludando á Atalia, que le volvia el saludo haciendo arrumacos, he tenido un encuentro.

— Acaso ha encontrado el lobo, dijo Monin aproximándose á Destival; los hay en el bosque... la aldeana que ha vendido los pepinillos á mi mujer nos ha contado que el otro dia...

— ¿Se hubiera vm. batido con un

lobo, mi valiente Dalville? exclamó Destival, presentando la bayoneta á la sociedad, como si hubiese querido forzar un batallon en cuadro.

— No, señor, dijo la señora sonriéndose con malicia, no es un lobo el que ha hecho al señor esa señal en la cara..... eso parece una cosa del todo diferente... ¿no es así, mi querida amiga?

— Eso, dijo la viva Atalia, mirando á Augusto de muy cerca, pero... eso tiene todo el aire de un arañazo... ¿No es así, caballero?

— No se equivoca vm., señora.

— ¿Con que se ha batido vm.? dijo la señora Destival.

— No, señora, solo que he encontrado un niño muy gracioso... habia roto la olla en que llevaba la sopa para

su padre; lo he consolado con una moneda, entonces... me ha abrazado lleno de gozo, acariciaba con sus manitas mis mejillas... y sin querer me habrá arañado un poco; ahí tienen vms., señoras, la fiel relacion de mi aventura.

Se mordió los labios madama Destival mirando á su compañera que se sonreía; ambas parecian dudar de la verdad de la relacion de Dalville, pero á este le daba poca pena lo que podrian pensar; aprovechándose del corto silencio que hubo en aquel momento, el señor Monin se aproximó á Augusto á quien habia visto dos veces en casa de su vecino, y le dijo con el talante mas amable: — ¿Cómo está el estado de su salud de vm.?

— Va muy bien, señor Monin, fuera

de este arañazo que no es peligroso...

— ¡Vm. se rie, señor!... ¡oh! no hay que chancearse pues con los arañazos... ¿lo gasta vm.?

— Muchas gracias.

— Yo sé lo que es eso, porque voy á decir á vm.: mi mujer tiene un gato..

Poco curioso de oir la historia de Monin, siguió Dalville á las señoras que habian vuelto al jardin. La presencia de Atalia suscitaba en el joven el deseo de ser amable; no se prometia Augusto hallar otra señora que la ama de casa, que le parecia bien, pero no hacia sin embargo esfuerzos por parecer amable en su presencia. ¿Y por qué? es porque no estaba enamorado de ella, ó porque estaba seguro de agradarle, ó... ¡Ah! en verdad eso es mucho preguntar.



La lijereza y la vivacidad de la señora La Tomasiniere se acomodaba perfectamente con la jovialidad y los modales de Augusto; y como el campo autoriza mas libertad, al cabo de muy poco rato, Augusto y la petimetra se reian y chanceaban juntos como si se hubiesen conocido hacia mucho tiempo.

No participaba madama Destival de su alegría, estaba enfurruñada, hablaba poco, y se contentaba con lanzar de cuando en cuando al joven miradas que significaban mucho; cuanta mas intimidad se establecia entre las dos personas que estaban junto á ella tanto mas parecia aumentarse su mal humor. Entre tanto recorrieron el jardin, se sentaron, y luego madama La Tomasiniere se fué á admirar un punto de vista, cojer una

flor, ó buscar una mariposa, y volviéndose, enseñó á Augusto dos filas de hechiceros dientes y pareció decirle: — Venga vm. pues conmigo. Pero madama Destival no la dejaba, y aunque haciendo un gesto muy pronunciado, corrió tambien tras de las mariposas.

— ¿Pero qué tiene vm.? mi buena amiga, le dijo Atalia con cierto aire de bondad natural; no parece que está vm. alegre...

— Perdone vm., estoy muy contenta, sino que me acaba de dar un violento dolor de cabeza.

— Entre vm. Vaya vm. á echarse un momento en su poltrona.

— No, hija mia; ¡oh! quiero estar con vm.

— Es preciso no incomodarse en el campo... fuera de que el señor me hará compañía... Andaremos cojiendo mariposas...

— Yo cojeré cuanto á vm. le acomode, señora, respondió Augusto sonriéndose y haciendo en seguida un pequeño gesto, porque la señora Destival acababa de pellizcarle el brazo, diciendo:

— No, el aire me hará provecho; pero yo creía que quería vm. tocar el piano...

— ¡ Ah! esta noche tenemos tiempo, puesto que me quedo en su casa de vm... ¿ Y el señor, se queda tambien?

— Si la señora tiene la bondad de permitirmelo, dijo Augusto mirando á su huésped que respondió con enfado: — Vm. es el amo, caballero.

Despues de haberse paseado aun algun tiempo, llegaron al columpio, y la viva Atalia corrió á colocarse en la estrecha tabla sostenida solamente por dos cuerdas, diciendo á Augusto. — ¡ Ah! menea vm. el columpio, se lo suplico á vm., soy loca por él... he estado sin embargo dos veces á pique de matarme con este juego, pero ni por esas, no le puedo perder la aficion; pero no muy fuerte, caballero, ¿ oye vm. ?

— El movimiento que mas le guste á vm., señora.

Se puso Augusto junto al columpio que comenzó á empujar lijaramente, en tanto que la señora Destival se sentó á alguna distancia, llevando su pañuelo á los ojos. Estaba el joven distraido; miraba alternativamente á Atalia y á ma-

dama Destival; la petulancia de la una lo seducía, el disgusto de la otra parece que le causaba alguna pena. La petimetra exclamó: — ¡Ah! qué divertido es esto!... ¡Ah! esto es hermoso... Vaya, señor, vaya, un poco mas fuerte... ponga vm. atención no me dé sacudidas..... ¡Ah! querida amiga, no se puede vm. figurar el placer que esto me causa.

Madama La Tomasiniere no se cansaba de hacerse balancear; pero madama Destival, á quien aquello no divertia en manera alguna, tomó el partido de desmayarse, y se dejó caer sobre la silla dando un profundo gemido. Entonces dejó Augusto el columpio para correr hácia Emilia, diciéndole: — ¡Pero qué tiene vm., señora?

— Déjeme vm. es vm. un monstruo,

respondió madama Destival, con los ojos siempre cerrados.

— ¿Qué he hecho yo, pues?

— ¿Cree vm. que no observo yo su conducta...

— Me parece que mi conducta no puede ser mas natural.

— ¡No contento con venir... yo no sé de donde! ¡se permite vm. delante de mí el hacer la corte á esa coqueta que se conduce de la manera mas indecente!... Yo esperaba que por lo menos respetaria vm. mi casa...

— Verdaderamente, señora, no concibo por que es ese mal humor... Soy atento... político, á eso se reduce.

— Vm. cree sin duda que yo no tengo ojos... eso está demasiado á la vis-

ta... debía vm. reprimirse á lo menos...

— Pero...

— Calle vm.

— ¡Pero bien! dijo Atalia, que notó que aflojaba el movimiento del columpio. Qué hace vm. pues, señor, no le da vm. mas; así me deja vm..... pero yo no quiero cesar todavía... ¿Se ha cansado vm. ya?... ¡Ah! ¡eso es vergonzoso! ¡un joven!...

En aquel momento llegó Monin, quien viendo que su huésped se obstinaba en hacer el ejercicio hasta la hora de comer y no hallándose con fuerzas para continuar, acababa de abandonar la pala y se dirijia hácia el jardin, en donde, enjugándose la frente, buscaba en su caja de tabaco, con que refrescar sus ideas.

— Llega vm. oportunamente, señor Monin, dijo madama Destival, la señora necesita absolutamente uno que la columpie, vaya vm. pues á hacerle ese servicio... Se lo agradecerá á vm. infinito.

Al decir esto, se levantó Emilia, tomó el brazo de Augusto y lo arrastró por otro lado del jardin, dejando á Monin muy admirado de la tarea que acababan de encargarle, y á Atalia en su columpio, que vuelta de espalda hácia los otros personajes, no habia reparado en su marcha é ignoraba todavía que acababa de mudar de columpiador.

— Pero, empújeme vm., caballero, dijo la petimetra ajitándose en el columpio para tratar de hacerlo ir ella misma. Se confortó Monin con un nuevo

polvo, y se dirigió hácia el columpio; pero no habiendo calculado bien hasta donde podia aquel llegar por detras, en el momento en que remangaba sus mangas para empujar mejor, le alcanzó la tabla, y las regordetas formadas de la joven le pegaron en la cara.

Aturdido Monin con el golpe, fué á caer sobre la yerba á algunos pasos de allí; madama La Tomasiniere dió un grito, porque faltó poco para que las narices de Monin no le hiciesen caer del asiento. — ¡Qué torpe es vm.! exclamó, si no me hubiera sostenido fuerte me caia; vamos, venga vm. á pararme y ayudarme á bajar... ¡Pero qué! señor, ¿me va vm. á dejar?

No habia estado ajil para levantarse Monin, y andaba buscando su sombrero

de paja que el columpio le habia arrebatado, diciendo entre dientes: — Al momento soy con vm., señora; porque si volviese sin mi sombrero de paja seria un escándalo con mi mujer... Impaciente Atalia vuelve la cabeza y ve á Monin que procuraba subirse á un árbol, para alcanzar su sombrero que le habia arrojado el columpio á una rama muy alta. Da la joven una carcajada de risa, y luego se arroja del columpio y se aleja buscando á Augusto y á la señora Destival bajo los bosquecillos.

Despues de haber recorrido inútilmente el jardin, volvió al sitio en que habia dejado á Monin, y lo encontró todavía debajo del árbol, sin poder conseguir el subir á él, mirando con aire desconsolado su sombrero colgado de

una rama que no podía alcanzar, y buscando en su caja de tabaco el modo de recobrarlo.

— ¿Por donde han ido, señor? le dijo la viva Atalia, parándose delante de Monin, quien volvió sus abultados ojos á su alrededor diciendo:

— ¿Quienes, señora?

— Dalville y madama Destival.

— No sabré decírselo á vm... á no ser que hayan ido á hacer el ejercicio...

Se dirigió Atalia hácia la casa; el señor Destival estaba todavía en el terrado con Bertrand, fué la joven al salon y lo halló desierto.

— Esto es muy amable, dijo Atalia, el tal señor es muy cortes..... Parece que aquí nadie se incomoda por nada. Yo querria saber sin embargo si está Dal-

ville con la señora Destival... madama estaba con jaqueca... tengo curiosidad de saber como hace que se le pase.

Dejó el salon la petimetra y recorrió muchas piezas sin encontrar á nadie, porque Julia y Bautista estaban ocupados en la cocina y los tres lacayos del señor La Tomasiniere habian ido al pueblo á jugar á la oca. Subió Atalia al primer piso, en que estaba el dormitorio de madama Destival, pero la puerta de aquella pieza estaba cerrada y la llave quitada.

— Ella está en su cuarto, dijo la petimetra, y llamó lijeramente en la puerta, sin que nadie respondiese; llamó mas fuerte, y por fin se oyó la voz de la señora Destival que decia: — ¿Quién está ahí?

— Soy yo, amiga mia, respondió Atalia, vengo á hacer á vm. compañía...

— ¡ Ah! perdone vm. estaba durmiendo un momento... se ha aumentado de tal manera mi jaqueca.

— Yo tambien la tengo y descansaré un instante en su cuarto de vm.; eso me hará provecho.

— Pero, ¿ no le ha enseñado á vm. su cuarto, Julia?

— No, hija mia, ábrame vm.

No quiso alejarse Atalia y le abrieron por fin al cabo de algun rato; madama Destival se presentó en el desorden que es natural á una persona que estaba echada en su cama. Luego que entró, dió Atalia un vistazo por el cuarto y sus ojos hubieran querido penetrar en un gabinetito con vidrieras que habia al pie

de la cama, y cuya puerta estaba exactamente cerrada.

— ¡ Dios mio! ¡ cómo se me va la cabeza! dijo la señora Destival, llevando la mano á la frente.

— No está vm. mejor, dijo Atalia, sentándose en un confidente.

— ¡ Oh! muy al contrario.

— Vuélvase vm. á acostar, querida mia, yo voy á tenderme en este confidente, no me vendrá mal el reposarme tambien... Este sol tan fuerte hace daño á los nervios.

Madama Destival no parecia querer volverse á echar á la cama y se paseaba por el cuarto con impaciencia diciendo:

— ¡ Oh! no... no quiero dormir mas... se acerca la hora de comer.

— ¡ Ah! ¡ cómo hace vm. para repo-

sar aquí, mientras su marido de vm. trae una zambra, con sus : adelante... apunte?...

— No me ocupo absolutamente de semejante cosa.

— ¿Y qué ha hecho vm. del señor Dalville?

— ¿Yo? nada.

— Yo lo creia con vm...

— ¿Connigo?

— Cuando me han abandonado vms. en el columpio, ¿no se lo ha llevado vm. consigo... dejando en su lugar al amable Monin cuya sociedad es tan divertida?

— Al momento me ha dejado Augusto; se habrá ido á dar una vuelta por el pueblo.

— Sabe vm., mi querida, que no he

reconocido al señor Dalville segun el retrato que me habia hecho vm. de él. Desde luego decia vm. que no era cosa, que tenia el aire comun.

— ¡Ah! yo no he dicho comun... lo juro á vm.

— Que no tenia buen tono... que era un libertino, un mal sujeto, un hombre cuyas visitas podian comprometer á una mujer.

— ¡Ah! mi querida, vm. exajera...

— ¡Perdone vm. ha dicho todo eso!... me habia vm. hecho un retrato horrible... A mí al contrario me parece muy bien... ¡me acomodan mucho sus maneras!...

— Es una dicha para él, señora....

— ¡Pero bien! ¿qué está vm. ha-



ciendo? se pone vm. la cintura al revés...

— ¡ Ah! es cierto, padezco distracciones.

— Quiere vm. que le ate el vestido, querida mía.

— Gracias... me visto yo misma.

En aquel momento el ruido de alguna cosa que se apoyaba contra la ventana hizo estremecer á Emilia: — ¡ Qué es eso! dijo.

— Yo creo que es en ese gabinete, en que sin duda se ha caído alguna cosa.

— No, señora, el ruido no ha venido de ese gabinete..... ha sido en la ventana.

Se asomaron las damas y vieron al señor Destival que acababa de arrimar

una escala á la ventana del cuarto de su mujer.

— Qué es lo que va vm. á hacer, señor, dijo madama Destival con espanto, que quiere decir esa escala... ese desorden.

— Mi querida amiga, ya sé todas las evoluciones posibles, mo me falta mas que subir al asalto, ese es el complemento, segun lo que dice Bertrand, y es lo que va á enseñarme. Vms., señoras, están en la fortaleza, vms. representan los enemigos... Vms. nos rechazarán, pero entraremos en la plaza á pesar de eso.

— ¿ Qué significa esa extravagancia, señor?..

— Digo que este es el complemento, señora... Vamos, Bertrand..... una..... dos... á paso de carga, ¿ no es así?....

— Yo no quiero que suba vm. al asalto, señor; Bertrand, hágame vm. el favor de quitar esa escala. ¡Está vm. loco! se sube al asalto para cojer un lobo.

— No se sabe lo que puede suceder, señora.

— Lo que yo sé es que no subirá vm. á mi cuarto.

Al decir esto, cerró madama Destival su ventana con violencia, y sacó á madama la Tomasiniere fuera de su cuarto diciéndole.

— Bajemos, querida mia, bajemos, se lo suplico á vm. porque con su ejercicio, nos pondrán la casa lo de arriba abajo.

Se presentaron las damas en el ter-  
rado, en donde el señor Destival tenia

siempre su escala que en vano queria quitarle Bertrand. El hombre de negocios estaba decidido á subir á alguna parte. ¡Eh! ¡Dios mio! si es absolutamente necesario que asalte vm. alguna cosa, que sea algun arbol del jardin y no mi cuarto.

Adoptó Bertrand esta idea, y Atalia empeñó á aquellos señores á que asaltasen el arbol en que estaba el sombrero de paja del señor Monin; fueron pues junto al columpio, y hallaron al ex-farmacéutico rodeando con sus brazos cortos y gruesos el arbol, á que deseaba subir, y no podia llegar á levantarse mas de tres pulgadas del suelo.

La vista de la escala hizo dar un grito de júbilo á Monin, que se deshizo en expresiones de agradecimiento, no du-

dando que el objeto de aquella maniobra era el volverle su sombrero ; pero el señor Destival quiso cojer su trofeo con la bayoneta, y la punta de su arma atravesó el sombrero que era de un tejido de paja delgado. Bertrand gritó : bravo, Monin hizo un gesto, las damas se rieron, y Augusto llegó para ser testigo de aquel cuadro.

Dirigió Augusto una sonrisa muy expresiva á madama la Tomasiniere, y un saludo bastante frio á madama Destival... Yo no sé si el lector adivinará la causa, pero aquellas señoras no se equivocaron en ella. — ¿Viene vm. del pueblo, caballero? dijo la petimetra enseñando sus bonitos dientes.

— Sí, señora... he dado un paseo.... instructivo... he adquirido algunos co-

nocimientos nuevos... y espero sacar algun provecho de ellos.

La comida está en la mesa, dijo un hombrecillo flaco y amarillo, acudiendo con la servilleta debajo del brazo. Era Bautista, el criado de la casa, que servia al mismo tiempo de limpia-suelos, de cocinero, de lacayo, de volante y de mayordomo, esperando á que el señor Destival montase su casa. Estaba Bautista muy descontento y decia á cada paso á Julia que no queria estar en una casa en que le precisaban á hacer un servicio de caballo.

— Di que se ha servido la comida, Bautista... ; Este bellaco no se formará jamas!... Vamos, señoras, á la mesa... ; Ouf! ya lo he ganado bien... Hoy he maniobrado terriblemente... Oiga vm.,

Monin, he aquí su sombrero de vm. ¿Ha visto vm. cómo se lo he cojido?

— Lo que ha hecho vm. ha sido agüjérmelo, dijo Monin, mirando el fondo de su sombrero taladrado.

— ¡Ah! ¿qué quiere vm.? ¿en el fuego de la acción!... la bayoneta hácia adelante... Una, dos, ¿no es verdad Bertrand? Pero ya las señoras han marchado... Vamos á atacar á la comida ahora; cuento con abrir una terrible brecha.... Bertrand, vaya vm. á buscar á Julia que lo cuidará bien.

Se fué Bertrand á la repostería, y Monin despues de haber procurado juntar las pajas para tapar el agujero hecho en su sombrero siguió á su huesped al comedor.

Estaba ya todo el mundo en la mesa

cuando el señor Destival exclamó: — Y bien: ¿y el señor la Tomasiniere? ¿falta todavía!

— ¡Ah! es cierto, ¿no me acordaba ya de mi marido! dijo Atalia sonriendo á su vecino, que era Augusto, colocado entre las dos señoras. ¡Oh! no hay que esperarlo.

— Eso es muy desagradable, ¿adonde diablos ha ido?... ¿Si se habrá extraviado en el bosque de Bondi?...

— Pues es muy peligroso, dijo Monin, fijando su servilleta en el ojal, se dice hay en este momento una banda de ladrones que...

— Si yo dijese á sus tres lacayos de vm. que hiciesen una batida por los alrededores... ¿Qué pensaria vm., señora?

— ¡Eh! no, señor, suplico á vm. que no

se ocupe de mi marido. Yo aseguro que él parecerá. No tengo el menor cuidado.

—Puesto que la señora no tiene cuidado, dijo madama Destival mordiéndose los labios, me parece que no debemos tenerlo nosotros. Segun eso podemos comer.

— Ea pues comamos. Una, dos, á la sopa y por el flanco izquierdo á la olla.

— ¡Ah! señor, ¿no nos va vm. á hablar sino por una, dos?...

— Ya ve vm., señora, hoy he tomado mucho gusto á la milicia... ¡Es hermoso el tenerse un hombre bien derecho!.... con el cuerpo alineado. Deme vm. las legumbres... Su Bertrand de vm. está muy ducho, conoce á fondo su arte.... Vaya, ¡qué demonio! como maneja un

fusil! Me ha dicho que estaba contento conmigo. Tres ó cuatro lecciones mas y espero.

— Yo esperaba que sabia vm. ya bastante.

— Señora, un hombre no podrá conocer demasiado el manejo de las armas... ¡ Yo quisiera ahora que viniese á atacarnos una cuadrilla de ladrones!

— ¿Les haria vm. hacer el ejercicio?

— No, señora, pero me aprovecharia de mis ventajas; al presente disparo cuatro tiros en menos de cinco minutos.

— Yo no sabia eso, señor.

— ¡ Oh! hay en esto cosas muy sorprendentes... En fin mire vm. á Monin, no ha hecho mas que escucharnos un momento, ¡ pues bien! vea vm. como se presenta mejor que esta mañana.

— Es cierto, dijo Monin, levantando en el aire un nabo, y llevándolo á la boca como si lo pusiese en un cañon de fusil, que el ejercicio forma al hombre, y luego voy á decir á vm....

Interrumpió á Monin el arribo de la Tomasiniere, que llegaba sin aliento porque el especulador habia echado un largo sueño bajo los árboles, y al despertarse, se le figuró que podrian muy bien comer sin él.

— ¡ Ah ! ; ya está vm. aquí, hombre terrible! dijo Destival.

— Perdonen vms. he tardado..... es cierto..... pero he escrito á lo menos diez cartas desde que me he separado de vms.

— ¿ Y por qué no las ha escrito vm. aquí?...

— Ya ve vm., estaba tan de priesa... que he entrado en el primer sitio que he encontrado.

— Vamos, colóquese vm. ahí, junto á madama Destival...

— ¡ Oh ! yo los alcanzaré á vms. muy pronto.... y luego que yo no como del cocido, eso es malo, ; cocido !... eso no vale un diablo.

Se sentó el señor La Tomasiniere mirando á Augusto con cierta sorpresa, porque no le habia dirigido mas que un ligero saludo de cabeza, y continuaba comiendo sin ocuparse de él, lo que incomodaba mucho al recién llegado, que queria llamar siempre la atencion.

Dalville empero habia conocido al primer golpe de vista qué hombre era el señor La Tomasiniere. Los necios tie-

nen la ventaja de que se les juzgue en muy poco tiempo, mientras que por lo comun se necesita mucho para apreciar á los hombres de talento.

Fué la comida bastante alegre, gracias á Augusto y á su vecina de la izquierda, que decian mil locuras, y parecian estar bastante dispuestos á hacerlas. El ama de casa comia poco; Monin lo hacia muy bien, el señor Destival no acometia á los platos sino en doce tiempos, y punzaba un rabanito como si su tenedor fuese una bayoneta. En cuanto al señor La Tomasiniere, notando que Dalville no queria absolutamente ocuparse de él, trató de darse importancia disertando acerca de los platos. La gallina estaba muy cocida, los guisantes eran demasiado abultados, la ensalada

muy cargada de vinagre, y el vino de Beaune demasiado verde. Era en verdad un convidado muy amable el tal La Tomasiniere; pero un hombre muy rico no debe parecer nunca satisfecho de lo que le presentan en la mesa. ¡No faltaba mas! eso haria pensar que jamas habia comido cosa buena.

Era ya de noche cuando estaban en los postres, porque se habian puesto tarde á comer. Se habia cargado el cielo de nubes; el calor se aumentaba, y los relámpagos que de tiempo en tiempo surcaban las nubes anunciaban una próxima tempestad.

El señor Monin se daba priesa á comer su postre de queso, porque su mujer tenia miedo de los truenos, y le habia dado orden de estar á su lado siem-

pre que hubiese borrasca. La Tomasiniere preguntó si había algun pararrayos en la casa. Destival hizo cerrar todas las ventanas al primer trueno; y la vista de un relámpago le hizo olvidar el presentar las armas con su vaso. La petimetra manifestó que tenia mucho miedo á la tempestad, y ocultaba su cabeza en la espalda de Augusto, siempre que relampagueaba.

— ¡Diantres! ¡Diantres!... el tiempo se descompone, dijo Destival. Vamos, señores, un vaso de Champaña... esto disipa... y atolondra... ¡Bautista, ha cerrado vm. bien todo?

— Sí, señor.

— Tenga vm. mucho cuidado que no haya corriente de aire.

— Pero, señor, vm. nos hace ahogar.

— Señora, cuando truena, dicta la prudencia que se ciérre.

— ¿Y por qué no tiene vm. pararrayos? dijo La Tomasiniere; yo tengo tres en mi quinta, dos en la casa que habito en Paris y uno en mi otra hermosa casa de la calle de Buffaut.

— Sí, yo haré poner uno inmediatamente... Vamos, señores... los vasos, y marcha el tapon...

— ¡Ah! ¡Dios mio! dijo Atalia apretándose á Dalville, ¡qué miedo me ha dado vm. con su tapon!...

— ¡Parece que la espanta á vm. mucho la tormenta, mi querida amiga? dijo madama Destival con aire burlesco.

— ¡Oh! infinitamente.

— Mi mujer tiene una extrema sensibilidad en los nervios.



— Tenga vm. cuidado, derrama vm. el vino, Destival...

— Ese diablo de relámpago me ha turbado la vista. ¿Le gusta á la esposa de vm.?

— Sí, á mí me gusta mucho el vino de Champaña... Suplico á vm. que le haga sacar mucha espuma, caballero.

— Tome vm., señora... Vamos, Dalville, acompañe vm. á la señora.

— Ya lo hace bien, dijo madama Destival con despecho.

— Y vm., señor Monin, alargue su vaso.

— ¡Ah! iba á decir á vm... es indispensable que yo me marche..... mi mujer tiene miedo de los truenos.

— ¡Eh! ¡ya sabe vm. que su mujer

está adobando pepinillos! que está ocupada.

— ¡Oh! cuando truena lo deja todo por envolverse en un cobertor de lana... y si yo no fuese á informarme del estado de su salud...

— ¡Oh! ¡oh! qué trueno... ha seguido inmediatamente al relámpago, cerca está el nublado...

— Si fuéramos á tocar la música, dijo el señor Destival echándose un tercer vaso de Champaña afin de recobrar su espíritu, me parece que no seria eso malo.... ¿Qué piensa vm. de eso, Dalville?

Se habia bajado Augusto para recojer el cuchillo que habia dejado caer por segunda vez debajo la mesa.

— El señor está hoy algo torpe, dijo

madama Destival levantándose de la mesa con impaciencia; yo creo que en efecto haremos bien en subir al salon.

Estalló en aquel momento el nublado, caia la lluvia á torrentes y el campo tomaba un nuevo aspecto. Todo el mundo se levantó, la petimetra se apoyó en el brazo de Augusto, porque la borrasca le habia quitado todas sus fuerzas. El señor La Tomasiniere que queria echarlas de sabio porque creia que los que lo rodeaban no sabian mas que él, se aproximó á una de las ventanas, declaró que la borrasca no seria *de consecuencia*, porque la atmósfera estaba muy hermosa porel poniente.

No pudo Augusto contener una lijera risa, que le hizo apretar mas fuerte el brazo de la trémula Atalia. El señor Des-

tival, que habia recobrado un poco su alegría desde que llovía, porque eso hace menos peligrosa la borrasca, mandó dar á la sociedad una media vuelta á la izquierda, y subió la escalera á paso acelerado. Monin quedó solo en el comedor, doblando la servilleta como lo tenia de costumbre, y al oír caer la lluvia decía para sí: — Lindamente lo hace... y yo no tengo paraguas... y mi sombrero que han agujerado justamente por el fondo... ¿cómo me voy á componer?

Despues de haber tomado dos ó tres polvos, se decidió nuestro hombre á dirijirse á Julia que acababa de pasar por la sala.

La siguió gritando: — Señorita... perdone vm.... ¿No podria vm.?...

Como Julia no respondia, llegó Monin

con ella hasta la cocina en donde Bertrand disputaba con Bautista y con los tres lacayos del señor La Tomasiniere, que no hallaban, como su amo, que el vino de Beaune fuese demasiado verde.

— ¿Si pudiese vm. prestarme un paraguas? dijo Monin.

— No lo tenemos aqui, respondió Julia con un tono seco.

— ¡Vaya! ¡un paraguas! dijo Bertrand, á quien el vino de Beaune habia puesto de talante de hablar: ¡un hombre ha de usar semejante mueble?... ¡le he enseñado yo á vm. esta mañana á manejar un paraguas?...

Se echaron á reir los convidados, y Julia lo condujo suavemente hácia la puerta, diciéndole: — Caballero, no me gusta ver tanta gente en mi cocina, eso

me incomoda: por otra parte, este no es sitio propio para vm.

Cerró Julia la puerta y viéndose Monin fuera de la cocina se decidió á subir al salon, mientras que se pasaba la tormenta. Dalville y Atalia estaban al piano y cantaban un duo. El señor Destival jugaba al ecarté con el señor La Tomasiniere, y madama Destival, aparentando que miraba jugar, no dejaba escapar un ápice de cuanto pasaba junto al piano.

— Señores, tengan vms. muy buenas noches, dijo Monin al entrar despacio en el salon.

— ¡Qué! vecino, ¡no se ha marchado vm.!... yo lo contaba ya en su casa.

— No; voy á decir á vm... la lluvia...

— En tal caso venga vm. á jugar... Vaya, apueste vm. en mi favor y ganará.

— Pero ¿se puede apostar?

— Sí, aun hay tiempo.

— Vamos... pues bien... ¿pongo dos cuartos!

— Qué es eso... ¿dos cuartos! dijo La Tomasiniere en tono de desprecio... Pues qué, ¿juego yo jamas cobre?... sobre que es ya demasiado lugareño el jugar un peso... Quite vm. de ahí, eso está lleno de cardenillo...

— Señor mio, estos son mis dos cuartos... yo los apuesto...

— No los queremos.

— ¿Cómo! ¿he ganado ya?

— Vamos, yo voy á arreglar esto, di-

jo Destival sacando media peseta del bolsillo; pongo quince cuartos mas para completar la apuesta del señor Monin. Entonces juego yo tres pesetas y quince cuartos, y vm., querido mio, tres pesetas y media. ¡Ah! mi vecino es juicioso... sin embargo es muy rico... no le falta nada... tiene bien cubierto el riñon.

— ¿Cómo puede entonces proponer dos cuartos? eso es inconcebible... Triunfo, triunfo y triunfo..... vola.

— ¿Cómo! ¿qué quiere decir eso de vola? dijo Monin en voz baja á su vecino.

— Quiere decir que hemos perdido. Vamos al desquite. Pero, y vm., mada-  
ma Destival, ¿no hace vm. una apuesta?.....

— No, señor, prefiero el oír cantar...

— Eso no impide, señora, yo no pierdo una nota, aunque estoy jugando....

— Ni yo, dijo La Tomasiniere. ¡Oh! yo soy como Caton, haria con mucha facilidad cuatro cosas á un tiempo.

— Mi buena amiga, ¿no tiene vm. aquí algun duo de Rossini? dijo Atalia haciendo correr sus dedos por el piano.

— Pero... yo no sé... creo que no.

— Me se figura sin embargo, señora, haber tenido el placer de cantar aquí algunos con vm...

— ¡Ah! ¡vm. se acuerda!...

— He aquí un duo de la *Urraca*, dijo Atalia que habia revuelto toda la

música que se encontraba en el piano; ensayémoslo.

— Triunfo y que pase el oro, exclamó el señor La Tomasiniere tomando el dinero que habia encima de la mesa.

— ¿Qué significa eso de : que pase el oro? preguntó Monin inclinándose al oído de Destival.

— Ya lo ve vm., eso significa que hemos perdido.

— Es que yo no conozco los términos del juego... de ese modo pierdo ya cuatro cuartos.

— Siga vm. poniendo.

— Permítame vm. primero que examine el tiempo... ¡Oh! todavía llueve muy recio... Estoy en juego.

— El señor está de suerte.

— Y luego yo manejo este juego de

una manera particular, dijo La Tomassiniere columpiándose en la silla.

— Yo creo jugarlo tambien bastante regularmente, respondió Destival mordiéndose los labios de cólera.

— Silencio, señores, que no se oye, dijo Atalia mientras que cantaba Augusto: *E cierto il mio periglio*. Y La Tomassiniere llevaba muy mal el compas con el pie, hablando entre dientes para hacer creer que entendia el italiano: ¡Muy lindo! ¡muy lindo! *bravi!*... *brava!*... *bravissimo!!!* Entonces se inclinó Monin hácia Destival diciéndole:

— ¿Quiere decir eso tambien que hemos perdido?

— ¡No, no!... ¿no entiende vm. que se canta en italiano?... Ese es un duo de la Urraca...

— ¡Ah! ¡es de la Urraca! repitió Monin dirijiendo los ojos á su alrededor y sacando su caja; ¿cómo es eso pues, mi vecino, que una Urraca haya hecho un duo?

— Mi querido Monin, dijo Destival de mal humor, no me hable vm. á cada momento, ya ve vm. que me hace perder...

— ¡Cómo! yo le hago á vm. perder sin jugar...

— Sí, sí... eso distrae..... siga vm. poniendo, ciertamente que yo no soy mal jugador: pero cuando se habla así...

— Es que tenemos en casa una Urraca que habla lindamente, y yo queria saber... Con estos pierdo ya ocho cuartos.

— ¡Y yo diez y seis pesetas!...

— ¡Eh! ¡qué es todo eso, señores! dijo la Tomasiniere, ¡si jugaran vms. como yo puñados de oro! ¡enhorabuena! eso se llama una partida. Yo siento mucho emplear mi dicha en un juego tan mezuquino... ¡Bravi! bravissimo!... ¡Certo pio, pio, piu!... Atoussimo.

La Tomasiniere queria echarla de italiano en cuanto decia, y Destival se esforzaba por soureirse echando la mano á su faltriquera; pero su alegría era forzada y sus sonrisas gestos. Los dos cantores se dirijian recíprocas y tiernas miradas haciendo juntos puntos de órgano que prolongaban por mucho rato, y durante los cuales tosia con impaciencia madama Destival con la esperanza de turbar la armonía que se establecia entre los músicos.

Se abrió de repente la puerta del salon y entró con un aire furibundo llevando un paraguas en una mano y en la otra un ridículo en que cabia un pilon de azucar de diez libras, una mujer gruesa de unos cincuenta años, con un sombrero de paja cuya ala apenas le cubria la frente en que se balanceaba una guirnalda de rosas lacias. A su vista retrocedió Monin, se turbó... derribó su caja de tabaco, é hizo ademan de querer ocultarse bajo la mesa.

— ¡Ah! ¡ahí está vm., señor! exclamó madama Monin, porque ella era la que acababa de entrar en el salon; lo encuentro á vm. jugando... No dudaba yo de eso... Buenas noches, mis vecinos... ¡Estando tronando! ¡habiendo una borrasca espantosa!... estarse su

merced jugando, en lugar de ir á consolarme... ¡y sabiendo el miedo que tengo á los nublados!... Perdona vm., mi vecina, si me tomo la licencia de regañar en su casa; ¡pero vm. convendrá conmigo en que la conducta del señor es imperdonable!

Durante este sermón, el pobre Monin, sin saber donde se estaba, puso dos pesetas en el juego en lugar de dos cuartos, y encajó sus dedos en la caja que estaba ya vacía, tartamudeando con un aire contrito: ¿cómo va el estado de tu salud. ¿Pichona?

— ¡Mi salud! ¡ciertamente que se interesa vm. mucho por ella! ¡abandonarme durante la borrasca!... Catalina ha tenido que acompañarme bajo el cobertor...

— La lluvia es la que me ha...

— ¡Pues que un hombre debe temer la lluvia!!! Quita allá, lástima da el oír eso.

No estimaba la señora Destival á la señora Monin; pero en aquel momento, muy contenta de su llegada la hizo sentar junto al piano, y le prodigó mil agasajos, á que contestó la señora Monin con forzadas reverencias, alargando el paraguas á su esposo, quien al tomarlo, olvidándose que tenia parte en juego, murmuró an bajo que apenas se le pudo oír: — Cuando tú quieras. Pichona.

Pero Pichona que se habia sentado y hecho ya sus comentarios acerca de la petimetra, respondió con un tono seco: — Una vez que he venido cree vm. que



quiera marchar tan pronto!... ¡eso es-  
taria lindo!... ¡cosas como de vm.!...  
Tendré el placer de hablar un rato con  
mi vecina..... y oír la música..... Me  
gusta mucho la música...

— Vm. canta, según creo, madama  
Monin, dijo con interés madama Destival.

— ¡Oh! yo cantaba... y aun tenia  
bastante buena voz... pero al presente...  
casi he olvidado todo... excepto el duo  
de Armida.

— ¡Amémonos! ¡amémonos, todo  
nos convida á ello!... ¡Ah! es tan her-  
moso!... que jamas será viejo.

— Yo tengo la partitura de Armida,  
es preciso que la cantemos con el se-  
ñor...

— ¡Ah! ¡mi vecina!

— ¡Oye vm. el regalo que le hacen?

dijo en voz baja Atalia á Augusto.

— Lo aprecio mucho, respondió Dal-  
ville. ¡En verdad yo no sé qué es lo que  
he hecho á madama Destival para que  
me juegue semejante pieza!

— No tenga vm. cuidado; si se le pre-  
cisa á vm. á cantar el duo yo lo acompa-  
ñaré y antes del décimo compas prometo  
romper tres ó cuatro cuerdas.

— ¡Ah! ¡qué amable es vm.! ¡y que  
obligado le quedaré!

Monin que vió á su mujer un poco  
templada se aventuró á decirle.

— Tambien cantas con primor aque-  
lla aria en que hay carneros,.... *Marica  
hilaba tranquilamente no pensando, no  
soñando mas que en su niño, niño,*  
*niño.* ®

— ¡Calle vm., señor.... váyase á su

juego una vez que le gusta tanto jugar...

¿Es á los cientos á lo que juegan?

— No, Pichona, al ecarté.

— ¿Cómo al ecarté! ¿Y desde cuando acá sabe vm. jugar al ecarté?

— Yo no sé jugarlo,.... pero voy á decirte, apuesto.

— ¡Ah! ¿apuesta vm.; espero á lo menos que será vm. modesto, que no jugará recio?

— ¡Oh! no, Pichona,....; no tengas cuidado!...

— ¡Señor Monin, ha perdido vm. sus dos pesetas! exclamó en aquel momento el señor Destival dando un profundo suspiro.

— ¡Dos pesetas! dijo madama Monin dando un salto en la silla que hizo temblar todos los muebles del aposento;

¿qué! el señor Monin juega dos pesetas!...; eso es horroroso!...; Ah! mi vecina, ¿qué le ha hecho vm. beber en la comida!...; ¿qué significan semejantes extravagancias, señor Monin?...; Ha perdido vm. por ventura la cabeza?...

— No, Pichona... es un error... te aseguro que no jugaba mas que dos cuartos.

— Vm. ha puesto dos pesetas al juego, señor, dijo La Tomasiniere, y se han perdido.

— Habia ganado ya mucho, dijo en voz baja Monin á su mujer, eso era parte de la ganancia.

— Es necesario confesar que estoy de mala suerte, dijo Destival. ¡Siete veces he hecho ya perder al pobre Monin!...

— ¡ Siete veces, señor!... ¡ siete juegos seguidos ha apostado vm.!.. Exclamó madama Monin mirando á su marido, como un gato que va á arrojarse sobre un raton.

— ¡ Eh! no, Pichona ya sabes que no soy capaz de ello....

— Aquí está el duo de Armida, dijo madama Destival, vamos, señor Dalville, sírvase vm. cantarlo con la señora.

— No lo sé, dijo Augusto.

— ¡ Ah! vm. es bastante buen músico para cantarlo á primera vista.

— Yo le apuntaré á vm. sus pasajes, dijo madama Monin quitándose el sombrero, por el temor de que le ahogase la voz.

Comenzó madama Monin, y su voz

hacia casi rechinar los dientes, Monin aplaudia á cada compas; de repente saltó una cuerda, la viva Atalia hizo correr sus dedos por las teclas, y pareció animada por el fuego de la ejecucion; pero al punto se rompieron la segunda y tercera cuerda, ya no era posible continuar, y Atalia se levantó diciendo:

— es una lástima, esto iba tan bien.

— ¡ Este es el enfado de sus pianos de vms., dijo madama Monin volviendo á tomar con mal humor su sombrero de pastora, hablarme á mí del flautin de Monin; á lo menos no hay el peligro de que se rompa jamas!...

— ¿Quieres que vaya á traerlo, Pichona?... ®

— Verdaderamente, buena hora es para hacer semejante proposicion, es pre-

ciso irnos á acostar, que es algo mejor que su flautin de vm.

Dejó el juego Destival, colorado como un gallo, exclamando:

— ¡No se puede resisir esto!... ¡Darme doce pasos!... pierdo cuarenta pesetas por lo menos!...

— ¡Ah! cómo hay quien juegue tanto dinero! dijo madama Monin.

— ¡Si perdiese vm. alguna vez cuarenta pesetas, señor Monin, al punto me separaba de vm.

— ¡Vaya, una bagatela! dijo La Tomasiere al levantarse. Mañana jugaré yo esto de una vez en casa de un notario amigo mio. ¡Allí sí que se juega al ecarté!... La mesa está llena de oro y billetes de banca!... Enhorabuena; aquello sí que divierte! pero de otro

modo el ecarté es un juego muy fastidioso... ¡Pues bien!... á propósito. ¿Vamos á acostarnos...

— ¡Vaya vm.!... ¡quien se lo impide! ¡dijo la viva Atalia, no tenemos necesidad de vm.!..

— A fe mia, que tengo mucho sueño....

— Bautista va á conducir á vm. á su cuarto que esta allí arriba.

— ¿Y el mio, querida mia, ¿en dónde está? dijo la petimetra.

Mientras, su marido subia á acostarse sin dar las buenas noches á nadie, porque eso es de mal gusto.

— El de vm., mi amiga, respondió madama Destival, es el de su marido de vm., no tenemos otro que ofrecerle.

— ¡Cómo! ¿me va vm. á hacer por ventura acostarme con él?

— Sin duda.

— ¡Ah! eso es ridículo!... ¡jamás me sucede eso!... ¡yo no me acuesto con el señor La Tomasiniere!... Sabe vm. muy bien que yo tengo mi habitación...

— Por una vez, hermosa dama, dijo Destival tomando un talante maligno, el querido esposo no se lamentará de ello...

— ¡Ah! Dios mio, qué divertido es eso!.. dijo Atalia haciendo un gesto. En este intermedio, madama Monin, que había acabado por fin de remangar su vestido, y poner su chal. Hacia mimos á madama Destival, diciendo:

— ¡En cuanto á mí, yo duermo con

mi marido... y me alegraría de ver que jamás le ocurria hablar de habitación separada! ah! ¡ah!...

— Tú sabes muy bien que no tengo deseos de....

— Eso es bueno..... señor Monin, yo me sé lo que me sé... Buenas noches, mi vecina. Mi vecino, saludo á vm.... ¡Y bien! señor. ¿Por qué no se pone vm. su sombrero? ¿Qué es eso?

Tenia miedo Monin de que su mujer reparase en el agujero hecho en él y se decidió por fin á ponérselo sobre la oreja izquierda, á fin de que estuviese menos visible su fondo á las miradas de su mitad. Y se llevó á su esposo madama Monin, prometiéndole que no le permitiría mas comer fuera de casa sin ella, porque no se contenia bien en la mesa y

eso le hacia cometer mil extravagancias.

Despues de haberse marchado los vecinos, confesó el señor Destival que el ejercicio lo habia fatigado y no tardó en acostarse.

La música habia establecido la mayor intimidad entre Dalville y la brillante Atalia : para el que sabe gustar de los encantos de la armonía, nada une mas dos corazones que una cancion tierna y graciosa, y un pasaje muy apasionado que frecuentemente se dirijen el uno al otro; ¡ la música es un auxiliar muy poderoso para el amor !... Conmueve, enternece, habla al alma y, gracias al cielo, casi todas nuestras damas saben en el día tocar el piano.

Pero se levantó Atalia, y la acom-

pañó á su habitacion madama Destival.

Antes de entrar en ella dijo la petimetra riéndose á su amiga : — ¡ Querida mia !... tengo que hacer á vm. una confianza.... Creo que he hecho la conquista del señor Dalville,

— Vm. lo cree....

— ¡ Ah ! ¡ estoy casi segura de ello, me ha dicho de esas medias palabras... vm. sabe; luego me ha apretado la mano tiernamente....

— ¡ La felicito á vm. de ello !

— ¡ Oh ! vm. comprende bien que yo no trato mas que de divertirme, á eso se reduce todo !

— Por lo demas, se lo digo á vm. francamente, su conquista debe apreciarse en poco, porque es hombre que se enamora de cuantas mujeres ve....

¡A Dios! hermosa mia, buenas noches.

— ¡Hasta mañana, amiga mia! Me levantaré temprano para pasearme por el campo.

— Yo la acompañaré á vm., querida mia.

Se separaron estas señoras bajándose madama Destival al salon en que no encontró ya á Dalville, que habia entrado tambien en su cuarto; hizo otro tanto la señora y llamó á Julia para que fuese á desnudarla.

## CAPITULO VI.

### LA SOCIEDAD VUELVE A PARIS.

Se pasó la noche: ¿habia calmado su sombra protectora el mal humor de la señora Destival y reparado las fatigas de su esposo? ¿Se habia propuesto Dalville ser juicioso y Bertrand ser sobrio? ¿Se habia consolado la viva Atalia de haber dormido con su marido, y el señor La Tomasiniere habia dormido

¡A Dios! hermosa mia, buenas noches.

— ¡Hasta mañana, amiga mia! Me levantaré temprano para pasearme por el campo.

— Yo la acompañaré á vm., querida mia.

Se separaron estas señoras bajándose madama Destival al salon en que no encontró ya á Dalville, que habia entrado tambien en su cuarto; hizo otro tanto la señora y llamó á Julia para que fuese á desnudarla.

## CAPITULO VI.

### LA SOCIEDAD VUELVE A PARIS.

Se pasó la noche: ¿habia calmado su sombra protectora el mal humor de la señora Destival y reparado las fatigas de su esposo? ¿Se habia propuesto Dalville ser juicioso y Bertrand ser sobrio? ¿Se habia consolado la viva Atalia de haber dormido con su marido, y el señor La Tomasiniere habia dormido



bien junto á su mujer? Estos son misterios en que yo no estoy iniciado.

Todo cuanto sé es que madama Destival se levantó pensando todavía en la amable confianza que le habia hecho su amiga la noche anterior antes de acostarse, y que se dijo á sí misma vistiéndose: — La coqueta ha hecho cuanto ha podido para asegurarse la conquista de Augusto. Yo he visto mientras cantaban sus arrumacos, sus sonrisas... ella espera sin duda recibir esta mañana una declaracion en forma; pero yo no estoy de humor de consentirlo, señora; estaré allí, no los perderé á vms. de vista, y no sufriré que en mi casa pasen semejantes intrigas... ¡Ah! las mujeres tienen en el dia tal coqueteria!... Pongamos esta rosa en mis cabe-

llos... esto me va mejor que esta cinta... ¡Dios mio! que mal están hoy los papelillos de mis rizos... Luego nos quejaremos de que los hombres piensan desfavorablemente de nuestro sexo... pero no se les autoriza para ello conduciéndose de esa manera... Al primer encuentro dejar conocer á un hombre que nos gusta... ¡eso es horroroso! y una mujer de veinte años... que á lo mas hace dos que se ha casado..... ¡Ah! señor Augusto, vm. no merece que se le quiera.

Al quitarse el señor Destival el pañuelo de Indias que se ponía en la cabeza por la noche, fué á colocarse delante de su espejo y se presentó las armas con un vaso nocturno que olvidó meter debajo la cama. No acordándose que estaba en camisa, Destival, que ha-

bia soñado que destruiria todas las fieras del contorno, dió la vuelta de su cuarto á paso redoblado y apuntando con las tenazas á su cabecera; pero en aquella noble posición se presentó á su imaginación el recuerdo de las cuarenta pesetas que habia perdido la víspera al ecarté, y como no se arreglaban sus negocios haciendo el ejercicio, volvió nuestro hombre á sentimientos mas pacíficos y se vistió, no pensando mas que en los medios de ponerse tan rico como La Tomasiniere, afin de poder perder al juego algunos pesos sin dejar por eso de estar de buen humor.

Dalville habia soñado un poco con la petimetra, un poco con la joven lechera, un poco con madama Destival, y aun con algunas otras, como quien no tenia

en su corazon un sentimiento exclusivo; y se dejaba llevar de todas las sensaciones, de todas las ilusiones y de todos los caprichos de su imaginacion. Se levantó sin un plan decidido de conducta, sin ánimo de ser mas juicioso ni mas emprendedor, sin intencion de formar una nueva intriga: la casualidad será la que lo decida y las circunstancias las que lo hagan obrar... Seguirá los impulsos de su corazon ó mas bien los estímulos del placer. Para un atolondrado, no era del todo desacertada esa manera de vivir: abandonarse á los acontecimientos, no calcular nada de antemano, pero aprovecharse al paso de todas las ocasiones de ser feliz. Si en esto consiste el atolondramiento, se parece tambien mucho á la filosofía, lo que no tiene nada de ex-

traño, porque los extremos se tocan.

Bertrand se habia levantado antes la aurora, siempre dispuesto á ejecutar las órdenes de su amo, aun cuando vituperase su conducta; el veterano cabo de escuadra, estaba muy contento de la comida del dia anterior, porque el vino de Beaune habia estado abundante, y tanto los lacayotes, como Bautista y Tomi, al echar sus trinquis con él, habian escuchado con respeto la relacion de sus campañas; y se paseaba por el terrado, dispuesto á dar al señor Destival una leccion de ejercicio, acomodándose perfectamente con la vida que se llevaba en su casa de campo.

La petimetra, cuya cabeza era tan lijera como su corazon, se habia levantado muy temprano, y antes que su ma-

rido se despertase; habia dormido mal; mil pensamientos le habian pasado por la imaginacion; pero el principal en ella era el deseo de agradar y de brillar...

Este era el punto al rededor del cual los demas sentimientos no obraban mas que movimientos de gravitacion, sin poder desarreglar el curso del astro á que estaban supeditados.

Por lo que toca al señor La Tomasiere, no se habia despertado en toda la noche, y en sus sueños se habia visto señor de una provincia, condecorado con tres cruces, con un gran cordon y una placa, y aun mas rico, mas pagado de si mismo, mas insolente que nunca. Luego de repente se habia visto en la taberna del *Asno sabio* sirviendo vino á los aldeanos que lo trataban con mucha

marcialidad. El diablo del sueño no respeta nada; quita de su puesto á los hombres mas poderosos y obra singulares revoluciones; hace de un rey un pastor, y eleva algunas veces á un labrador al trono, mezcla un gran señor con los mas simples plebeyos; hace de un ministro un pobre diablo, sin pan, sin trabajo, sin recursos y muriéndose de hambre en un desván; trasforma al banquero en dependiente que tiene que trabajar catorce horas al dia para ganar tres pesetas; al poeta que vende su pluma en charlatan precisado á ir á dar vueltas delante de una asamblea que le paga despreciándolo. El muestra á la mujer entretenida el hospital, á la pública la casa de las recojidas, á los jóvenes que frecuentan las casas de juego

el presidio ó el suicidio; recuerda al que salió de la nada su humilde nacimiento; al que está en alto destino las injusticias que ha cometido; al hombre sin honor los desaires que ha sufrido; y todas estas gentes hacen como el señor La Tomasiniere, se despiertan gritando que tienen una pesadilla... y atribuyen estos malditos ensueños á una mala digestion. Seguardarian muy biende hallar en esto un recuerdo de lo pasado y una leccion para el porvenir.

No habia dejado la noche señal alguna de la borrasca del dia anterior. El cielo estaba puro, la campiña parecia mas hermosa, los árboles brillaban con un verde que el polvo no deslucia; las flores estaban mas frescas, los arroyos mas estrepitosos, todo convidaba á gozar de

las bellezas de la naturaleza, por cuyo motivo estaba ya sin duda Augusto en el jardín, detenido en el umbral de la puerta que da al patio, indeciso de si iría á pasearse por los campos, ó si permanecería en la casa. Mientras tanto, estaba Atalia en el fondo del jardín, sentada bajo un bosquecillo, recojiendo flores, mirando á derecha é izquierda si parecía alguno á hacerle compañía; y madama Destival se paseaba en una calle de árboles vecina, dispuesta á reunirse á las personas que presumia hallar en el jardín.

De repente oyó Augusto una voz que no le pareció desconocida gritar: —  
 Hola... Pigardo... hola pues... ¿no sabes que nos detenemos aquí? Y en el mismo momento entraba una lechera

con sus garrafas de oja de lata en el patio de la casa del señor Destival; hizo Augusto una exclamacion de júbilo al reconocer á Dionisia, y se abalanzó al patio delante de la linda lechera.

— Es vm. encantadora Dionisia...

— Sí, señor, soy yo... no le dije á vm. ayer que venia todas las mañanas á traer aquí leche... ¡Ah! ¡me alegro mucho de haber vuelto á encontrar á vm., señor!...

— ¿Es verdad, Dionisia, que deseaba vm. verme?...

— Sí, señor... ¡Oh! lo deseaba mucho... ¡Ah!... ¡es tan hermoso lo que vm. ha hecho!... prueba tanta generosidad... y aunque sea vm. demasiado amigo de requebrar á las muchachas,

no importa, se lo disimulo á vm. á causa de eso.

— ¡Eh, Dios mio! ¿pero qué he hecho yo, Dionisia, que me produce todos esos cumplimientos?

— ¿Y Coco... y su olla... y su anciana abuela? ¿no se acuerda vm. ya de nada de esto?

— ¿Cómo sabe vm. todo eso, Dionisia?

— ¡Ah! ¡pardiez! en el campo todo se sabe. La anciana abuela ha ido al pueblo á comprar muchas cosas; Coco la acompañaba, y contaba á todo el mundo que un buen señor le habia dado mucho dinero para comprar otra olla: hacia la abuela su retrato... ¡Ah! al instante caí en la cuenta de que era vm. Es lástima que el tío Calleux

sea un borracho... toda la noche la ha pasado en la taberna bebiéndose el peso que vm. le dió... y no tardará en comerse tambien el dinero que dejó vm. para Coco... pero, caramba, eso no es falta de vm.... y vm. ha sido bastante bueno para ellos...

— Yo no he hecho mas que una cosa muy natural, Dionisia, y me hallo bien recompensado de ella en este momento.

Se habia animado Dionisia, contando á Augusto lo que sabia, y las miradas del joven la hicieron ponerse aun mas colorada. Bajó los ojos sonriéndose, y estuvo algunos instantes con los brazos caidos delante de el que la estaba considerando, y su rudeza, su embarazo, su tosco zagalejo de lana, daban mu-

cho realce á los hechizos de su linda figura.

Volvió por fin á tomar la lecherita sus garrafas que había puesto en el suelo, y dijo: — Tengo que ir á llevar la leche á la doncella Julia, para estas horas ya suele estar levantada...

— Un momento mas... Dionisia, se lo suplico á vm.

— ¿Tiene vm. algo que decirme, señor?...

— ¡Oh! sí... primero que me parece vm. aun mas hermosa que ayer...

— ¡Oh! si es para eso, ya me puedo ir.

— Un instante pues... Dionisia, ¿cómo noozco que cuanto mas la veo á vm. mas la amo!

— Pues bien, no hay necesidad de verme, señor.

— ¿Le incomoda á vm. el que yo la ame?...

— ¡Oh! no... ¡porque yo me persuado que eso no es peligroso!

— ¡Ah! si vm. quisiera oirme...

— A Dios, caballero.

E hizo un movimiento Dionisia para alejarse; pero Augusto le cojió la mano y la detuvo, mirándola con la mayor ternura, con demasiada ternura para un veleidoso acostumbrado á mirar así á todas las mujeres bien parecidas. Los ojos de un seductor no deberían expresar mas que la inconstancia; ¡desgraciadamente los ojos se prestan á todo! Acaso Dalville experimentaba tambien un sentimiento verdadero, ¿qué se sabe?... ¡Y

quien puede leer en el corazón humano?

En aquel momento entró Bertrand en el patio; se aproximó á su amo que no lo vió llegar y le dijo:

— ¿Me ha llamado vm., señor?

— ¡Eh no! no te he llamado, respondió Augusto con enfado dejando la mano de Dionisia, siempre vienes tan inoportunamente; ¡no se interrumpe á las gentes cuando están en conversacion!

— Perdone vm., mi teniente, yo no le oía á vm. decir nada, y no sabía que se estaba en conversacion sin hablar.

— Déjanos, Bertrand.

Dió Bertrand una media vuelta á la izquierda para volver al jardín; pero al pasar por delante de Dionisia, que sin cesar de decir que quería irse no se iba

y parecía estar muy ocupada con sus quesitos, dijo el cabo de escuadra á media voz á la joven: — Guárdese vm.

Se acercó Augusto á Dionisia que hizo un movimiento de sorpresa.

— Qué tiene vm., le dijo.

— Nada, señor.... pero es preciso marcharme....

— Dionisia. ¿quiere vm. hacerme un favor?

— ¡Oh! sí, señor, con mucho gusto, con tal que dependa de mí.

— Estimo á ese niño que encontré ayer en el camino.... su linda figura, su carita franca, todo me habla en su favor.

— Es Coco Calleux el que vm. quiere decir.

— Sí.

— ¡Ah! ¡yo también lo quiero mu-



cho.... ¡pero ese pobre niño! desde que se murió su madre, lo pasa mal,.... su abuela es dura y mala, y su padre un borracho; quieren que el niño que no tiene más que seis años trabaje ya.... ¡Es eso posible?... y con frecuencia no le dan mas alimento que pan.... ¡y á mucha dicha cuando no le han pegado á la hora de cenar!... Así es que en el lugar no queremos á ese borracho de Calleux. Y si la cabaña de Coco no estuviera un poco lejos del pueblo, ¡ah! yo aseguro á vm. que estaria con mas frecuencia en nuestra casa que en la suya.

— Pues bien, Dionisia, tenga vm. la bondad de cuidar de ese niño, para comprarle lo que necesite.... en fin haga vm. mis veces para con él. ¿Quiere vm?

— ¡Oh! con mucho gusto, señor.

— Vaya pues, tome vm. esta bolsa y disponga vm. de lo que contiene en favor de mi niño proejido; cuando se haya concluido le daré á vm. otra, y aprobaré siempre el uso que haga vm. de ello.

— ¡Ah! ¡señor! ¡qué buen corazon tiene vm!... Qué contenta estoy... pero tanto dinero.... habrá para mucho tiempo con él.

— Vm. quiere darme ese gusto, ¿es verdad?

— ¡Si quiero! ¡Vaya! ¡par diez!...

¡Yo lo creo! ¡hay cosa mas agradable que encargarse de hacer un bien!...

Quien podria negarse á semejante comision... Oiga vm., señor, es necesario que yo lo abrace.... ¿quiere vm?

— ¡Pues no he de querer, Dionisia!

Habia ya rodeado Augusto con sus brazos á la joven y dadole mas de un beso en sus mejillas; que ella le presentaba con gusto, cuando se oyeron á un mismo tiempo un grito y una cargada de risa. Se volvió Dalville y se halló con las señoras Destival y la Tomasiniere que estaban detras de él.

— ¡Oh! ¡y ahora! ¡Esto es demasiado! dijo madama Destival, adelantándose con un talante airado hacia Dionisia, mientras que Atalia continuaba riéndose, pero de una manera forzada, diciendo: ¡Esto es delicioso! Qué, ¿hasta con las lecheras?... ¡Ah!... no se me olvidará jamas!... el cuadro era verdaderamente campestre...

No se habia turbado Dionisia, porque no creia que la pudiesen hallar culpable, y miraba á las dos señoras con sorpresa, procurando adivinar de donde podian nacer la alegría de la una y la cólera que brillaba en los ojos de la otra, teniendo siempre en la mano la bolsa que le habia dado el joven.

— ¿Qué hace vm. aquí? dijo madama Destival dirijiendo á la lecherita miradas desdeñosas.

— Señora, ya lo ve vm., traia quesos y leche como acostumbro.

— Yo no le he encargado á vm. quesos, fuera de que sus quesos de vm. son agrios, ya no los quiero. En cuanto á la leche, le echa vm. la mitad de agua, yo la haré tomar á otra que á vm.

— ¡Agua en mi leche! exclamó Dio-

nisia, á quien asomaban las lágrimas á los ojos al oír tratar así su mercadería. ¡Ah! ¡señora! ¡á la verdad vm. es la primera que lo dice!... y yo le juro á vm....

— Está bien, muchacha, basta, no quiero que vuelva vm. á poner el pie en mi casa.... Yo la creía á vm. honrada y juiciosa; á mí no me gustan las muchachas descocadas.

— ¡Descocada.... Pero, Dios mio! ¿Qué le he hecho yo á esta señora?...

— Ya lo hemos visto, muchacha, ... y cuando no, esa bolsa prueba lo bastante.

— Esta bolsa, señora, está destinada á un acto de beneficencia, á aliviar una desgracia.... Pero, ya lo veo, siempre se echa todo á mala parte... ¡Pobre

Dionisia! yo soy la causa de que le hayan dado á vm. ese sentimiento!... Y cuando por casualidad quiero hacer una buena acción, piensan que procuro seducir á vm. ¡Ah!, señoras, ¡es el dinero un medio para hacerse uno amar de las lecheras!... Acuérdense vms. que no estamos en París.

Mientras que hablaba Augusto, se serenó Dionisia, enjugó sus lágrimas con la punta de su delantal y recobró bastante firmeza para responder á madama Destival: — yo no debo llorar por lo que vm. me dice, señora; porque no he hecho nada que poderme echar en cara. ¡A Dios! señor, me llevo su dinero de vm. y trataré de llenar bien sus intenciones.

Al acabar de decir estas palabras, sa-

ludó Dionisia á la compañía, y con el corazón todavía oprimido cojió su Pigardo y se alejó de la casa del hombre de negocios.

—Madama Destival, que se encontraba con cierto embarazo, se volvió al jardín; Atalia se acercó á Augusto, y le dijo riéndose: —¿Vm. convendrá, caballero, en que la ha abrazado á lo menos seis veces consecutivas?

—No las he contado, señora.

—Parece que le agradaba á vm.

—Mucho, señora.

—Este caballero es franco por lo menos.

—Tal vez es esa mi única calidad.

—¿Y por qué la abrazaba vm.?

—Pues qué, señora, ¿no es bien linda?

—¿Linda! es posible... de esas toscas bellezas del campo.

—¿No tal! al contrario, tiene facciones extremadamente finas!

—¿Pero es una lechera!

—¿Qué diferencia encuentra vm. en una joven bonita del campo, y una joven bonita de la ciudad?

—Muy enorme; y la educación, y los modales, y el tono, ¿no cuenta vm. eso por nada? ¿Saldria vm. en Paris... ni aun en el campo con una lechera al brazo?

—No, señora, confieso que no sería bastante filósofo para eso; pero ponga vm. á Dionisia...

—¿Quién es esa Dionisia?

— Esta lecherita , señora.

— ¡ Ah ! caballero , con que ya sabe vm. su nombre.

— Sí , señora.

— ¡ Pues bien ! ¿ qué quiere vm. que se le ponga á la señorita Dionisia ?

— Un bonito sombrero , un vestido bien hecho , un buen schal...

— ¡ Ah ! tendria una gracia particular para llevar todo eso !

— ¡ Eh ! Dios mio , señora , todo eso lo hace la costumbre. Vm. misma , á pesar de todas sus gracias , se hallaria acaso atada con el tocado de una lechera. Lo que se adquiere , señora , tiene poco mérito ; pero lo que no se da es la hermosura , la gracia , el talento , la dulzura de voz , del mirar , del sonreír , ese hechizo en fin que nos

embelesa , y que vm. posee en tal alto grado , señora.

— ¡ Ah ! vm. ha hecho muy bien en acabar así , porque sino me hubiera enfadado. Tiene razon madama Destival , ¡ es vm. un mal sujeto !... un hombre peligroso. A propósito , espero , caballero , tener el gusto de volver á ver á vm. en Paris ; doy continuamente bailes , y todos los jueves en invierno tengo tertulia.

— Señora , vm. es muy buena : pero el señor esposo de vm. no me ha dicho nada.

— ¡ Eh ! ¡ Dios mio ! ¿ tiene él por ventura tiempo de pensar en convidar á nadie ? está enteramente distraido y preocupado con sus especulaciones.....

yo soy la única que me encargo de los convites... ¿vendrá vm.?

— ¿No es pues una necesidad el volver á ver á vm.? Si hubiese de ceder á mi inclinacion, no la dejaria mas...

— ¡Ah! ¡Dios mio! creo que caemos en lo sentimental; ¿va vm. por ventura á hacerme una declaracion?

— ¿Es posible verla á vm. sin amarla?...

— ¡Cuidado!... parece que se pone vm. serio, y á mí no me gustan sino las gentes alegres... Ese aire melancólico no le cae á vm. bien.

— ¿No tiene vm. lástima del mal que causa?...

— ¡Ah! ¡nada de eso!... los suspiros no me enternecen de ninguna ma-

nera! para agradarme es necesario que se me haga reir siempre.

Engolfados en esta conversacion, se habian internado en el jardin Augusto y la petimetra. Augusto habia tomado el brazo de la joven y se lo apretaba tiernamente. Atalia no cesaba de reirse, pero no rechazaba los dulces apretones de mano de Dalville, cuando á la vuelta de una calle de árboles se les presentó Bertrand.

— ¡Lo están esperando á vm. así como tambien á la señora para almorzar, mi teniente, dijo el cabo de escuadra llevando el revés de su mano á su frente.

Hizo Augusto un movimiento de impaciencia, pero ya la viva Atalia le habia dejado el brazo y se habia alejado retozando.

— Par diez, Bertrand, eres muy torpe,

dijo Augusto mirando al cabo de escuadra que tenia delante.

— ¿Pues qué es lo que he hecho, mi teniente?

— No parece sino que tomas por tu cuenta el venir á incomodarme, cuando estoy en conversacion interesante con una mujer bonita.

— Perdone vm., mi teniente, pero yo no puedo adivinar lo que está vm. hablando.

— ¡Cualquiera que no sea un torpe, adivina eso á primer golpe de vista! Desde ahora para siempre, cuando esté yo mano á mano con una mujer, te prohibo el que vengas á interrumpirme.

— Se acabó, mi teniente, aunque se quemase la casa, no volveria á incomodar á vm.

Se habia reunido todo el mundo en el

comedor, y como La Tomasiniere se habia despertado con muy buen apetito, no finjió ningun negocio que pudiese contrariar su estómago, é hizo á Dalville un saludo muy amable, lo que daba á entender que su mujer le habia anunciado que queria recibirlo. Madama Destival parecia que tambien procuraba reconciliarse con Dalville, que estaba de hocico desde la escena del patio.

Tengo precision de estar antes de medio dia en Paris, dijo La Tomasiniere revolviendo una porcion de papeles que sacó de su cartera; tengo diez citas para hoy... Estoy seguro que han ido ya á preguntar por mí á mi casa mas de veinte personas... Un poco mas cafe, si vm. gusta... no es de Moca.

— Perdone vm., dijo Destival al tiempo de llenar la taza.

— ¡Oh! estoy seguro de que no, es materia que entiendo... Ultimamente he hecho una provision de bastante consecuencia; pero es muy diferente de este....

— Tambien yo tengo necesidad de estar en Paris esta mañana, dijo Destival muy engallado en su corbata, tengo muchos negocios entre manos.. ¡Algunos de la mayor importancia!... Monin quiere comprar una casa,... estoy encargado de ese negocio....

— ¿Quien, ese señor pequeño que ponía dos cuartos al ecarté?

— El mismo.

— ¡Cómo! ¡ese hombre compra casas! Yo no hubiera sospechado semejante cosa,..... tenía un frac

muy usado, con zurcidos en los codos.

— ¡Oh! ¡en el campo!

— No importa, vm. convendrá en que un hombre con un frac tan usado no anuncia gran cosa... Eso no da buena idea de su talento ¡Oh! yo tengo gran golpe de ojo... y luego la costumbre de no ver mas que gentes ricas y bien puestas... ¡Ah! lacayos, digan vms. á mis criados que dispongan el tiro... que pongan los caballos en la calesa.

— Yo espero esta mañana á mi modista, dijo Atalia, tiene que llevarme una gorra preciosa... Será necesario caminar muy lijero, porque tengo muchos deseos de probarme esa gorra.

— Ya sabe vm., señora, que mis corceles no van como los caballos de fiacre... Los alimento bastante bien, y me cuestan bas-



tante caros para poder hacerles galopar.

— ¡Bautista!... gritó el señor Destival á su criado que iba á salir, dispon tambien tú el tiro... lo oyes.

— ¡Eso es, dijo para sí Bautista, sin bien salir de la cocina, ya tengo que ir á la cuadra!

— Par diez, Bautista, diga vm. al paso á mi Toni que ponga el caballo en micabrióle, dijo Dalville, sonriéndose del aire de importancia de La Tomasiniere, que decia estregándose las manos: — En verdad que es agradable el tener cada uno su carruaje... eso es hermoso; á lo menos está uno seguro de no hallarse sino con gentes de lucimiento. Es cierto que vms. no tienen mas que cabrióles,... pero todos no pueden tener como yo calesa, cupé y landó.

— Cómo, señor Dalville, vm. tambien marcha, dijo madama Destival fijando en el joven una mirada muy expresiva; eso es muy amable... todo el mundo me abandona...

— Es cierto, amigo mio, dijo Destival, mi mujer contaba con vm. para hacerle compañía... y...

— Yo no he dicho jamas que contaba con el señor; seguramente me hubiera guardado bien de ello, dijo Emilia interrumpiendo á su marido; pero supuesto que todo el mundo vuelve á Paris, no veo por que me he de quedar yo aquí. Además de que, ¿no tiene vm. que dar una comida esta semana?

— Sí, señora, una gran comida... Asistirán gentes de mucho poder... grandes empleados... artistas distinguidos...

Cuento con el señor La Tomasiniere y su señora, así como tambien con el amigo Dalville.

Dalville se contentó con inclinarse, mientras que La Tomasiniere contestó:— Ya veremos... Yo no puedo comprometerme de antemano, porque podría tener que concurrir á otras comidas á casa de gentes de alto copete... y vm. conoce bien...

— De ese modo, vamos todos á Paris, dijo madama Destival; mi marido se encargará de Bautista... y de Julia. ¿Tendrá el señor Dalville la complacencia de darme un asiento en su cabriolé?...

— ¿Por qué no viene vm. en nuestra calesa? dijo con viveza la petimetra.

— ¡Oh! temeria el hacer á vms. esperar... Tengo todavía muchas disposiciones que tomar, ... y vm. tiene prisa

de ver á su modista... Yo me persuado que el señor Dalville tendrá la bondad de esperar una media hora.

Conocia muy bien Augusto que hubiera sido impolítico el negarse; y por otra parte, aunque este arreglo se oponia á sus proyectos, aunque la seductora Atalia le hubiese hecho un gesto muy expresivo, y madama Destival hubiese hablado muy mal de él, no por eso dejaba de ser Emilia una mujer muy bonita, y á una mujer muy bonita se le perdonan muchas cosas, aun cuando no se esté enamorado de ella.

Cuando se levantaron de la mesa, ya estaban dispuestos los carruajes. Subió á su calesa madama La Tomasiniere, dirijiendo una mirada maligna á Augusto y á madama Destival. El especulador

llamó á sus dos lacayos para que le ayudasen á subir, luego se dejó caer en el fondo del carruaje gritando: — á mi casa de la chaussé de Antin. Y que vuelen los caballos, que vayan á escape, ... ¿lo oye vm. Lafleur? mas no por eso vaya vm. á volcarnos en el camino.

Partió la calesa como una flecha. Madama Destival dió tanta prisa á sus criados, que muy pronto estuvieron dispuestos Julia y Bautista para marchar con su amo; en cuanto á la señora, tenia que hacer aun diferentes arreglos para los cuales no necesitaba de Julia. El señor Destival apretó fuertemente la mano de su amigo, encargándole que no hiciese ir á su mujer con mucha precipitacion, porque eso le hacia daño en los nervios, luego se colocó en su cabriolé al lado de

Julia, mandando á Bautista que subiese detras, lo que hizo, murmurando de que se le empleaba para todas las cosas.

Bertrand y Toni estaban junto al cabriolé de Dalville no esperando mas que su llegada y la de madama Destival, para ponerse en camino. Pero los pequeños arreglos que la ama de casa tenia que hacer duraron cerca de dos horas. Bertrand se impacientaba junto al cabriolé; pero su amo le habia ordenado que lo esperase allí, y no abandonó su puesto.

— El amo, cree acaso que hemos marchado, dijo Toni.

— No, no, ya sabe que estamos aquí.

— Pero acaso no querrá volver á Paris hoy.

— Entonces él vendrá á decírnoslo.

— Y si no se acuerda de semejante cosa.

— Estaremos aquí hasta que vengan á relevarnos de nuestro puesto. La consigna, yo no conozco mas que eso.

Pareció por fin Augusto á cosa de mediodía, dando el brazo á madama Destival que se apoyaba tiernamente en él, y cuya fisonomía no expresaba ya sino el contento, y el mas amable abandono.

— Esto es singular, dijo Bertrand para sí, esta es una señora que muda de semblante dos ó tres veces al día. ¡ Bien que, ya debia estar acostumbrado á esto!... ¡ He visto tantas cosas semejantes!... Todas las que llegan á casa del amo, con talante enfurruñado, revolviendo los ojos, y con una voz recia, al salir van mansas como corderos, y no tienen el mismo semblante, los mismos ojos ni la misma voz...

— Vamos, sube, Bertrand, dijo Augus-

to que estaba ya en el cabriolé junto á madama Destival. Vm. estará un poco incomodada, señora, pero mi fiel Bertrand no ha nacido para ir detras.

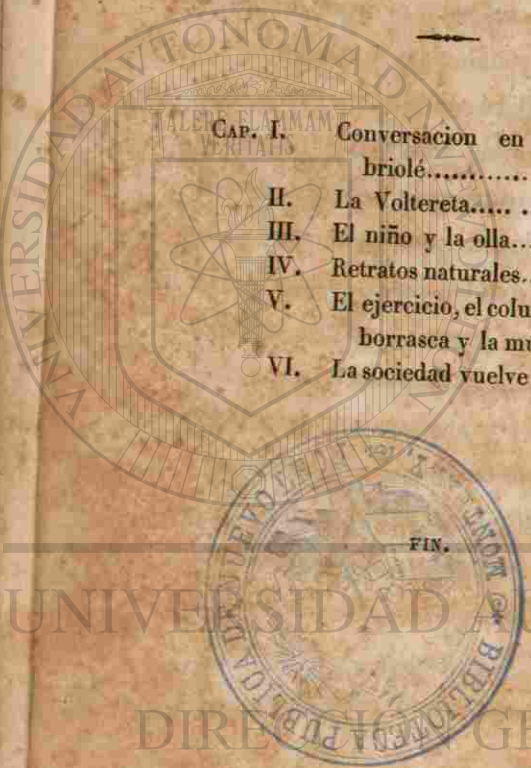
— ¡ Oh! yo iré siempre muy bien, dijo Emilia, echando una dulce mirada á Augusto, y dirijiendo á Bertrand una sonrisa graciosa... ¡ porque no hay nada mas amable que las damas, cuando van las cosas á su gusto!... ¡ Pero tambien cuando no se les complace!...

Partieron, y al pasar por delante de la senda que conduce á Montfermeil, sacó Augusto la cabeza, miró, y dijo para sí: — No siempre tendré una dama que acompañar.

# INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.
CAP. I. Conversacion en el ca- briolé.....	5
II. La Voltereta.....	39
III. El niño y la olla.....	63
IV. Retratos naturales.....	85
V. El ejercicio, el columpio, la borrasca y la música....	135
VI. La sociedad vuelve á Paris.	211

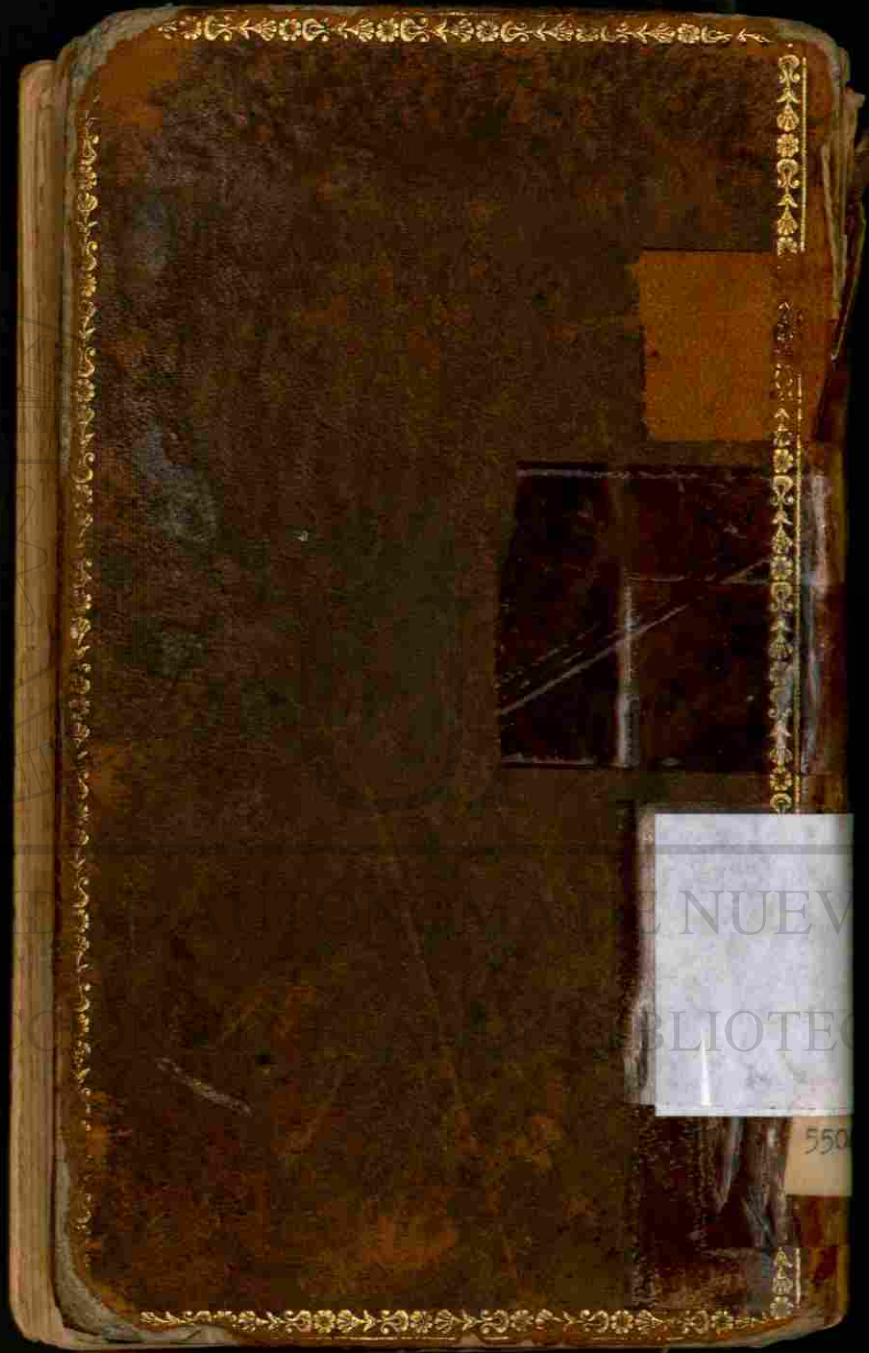


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA NUEVA  
BIBLIOTECA

550